



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

4050

a l







4050.c.c.1.

# EL PAPA Y LA DIPLOMACIA.



# EL PAPA Y LA DIPLOMACIA,

POR

LOUIS VEUILLLOT, *K*

TRADUCIDO POR

**LA REDACCION DE LA ESPERANZA.**

---

2.<sup>a</sup> EDICION.

---

**MADRID:**

IMPRESA DE LA ESPERANZA, Á CARGO DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL,  
*calle del Pez, núm. 6, cuarto principal.*

—  
1861.





---

# EL PAPA Y LA DIPLOMACIA.

---

M. Arturo de La Guéronnière, consejero de Estado, alto inspector de la prensa, se abre á sí mismo la liza que ha cerrado en muchas ocasiones á los demas. Con licencia de sus superiores, despues de haber considerado que «el primer deber de la vida pública es el de concurrir á ilustrar la opinion de su pais,» publica un folleto, en el que trata de Roma, de la Italia y de la Francia. M. de La Guéronnière trata de la Francia, de Roma y de Italia con el mayor desembarazo, arrojando mas sombras que luz sobre las cosas que pretende aclarar. Se diria que no sospecha que la Francia, Roma y la Italia son tres nombres distintos de una misma cuestion, y que esa cuestion es un poco mas grande que el mundo, puesto que abraza á toda la humanidad en todo su porvenir.

M. de La Guéronnière se ocupa de las empresas del Piamonte revolucionario, al que llama Italia, contra el Pontificado, al que llama Roma, como si solo se tratase de uno de esos grandes actos de brigandaje á los que el triunfo da el nombre de *conquista*. El soberano victorioso encuentra que la capital y los Estados del soberano vencido le convienen mucho; tiene ya los Estados, y quiere coger la capital, porque, dice, la Italia la necesita. La Francia, por su parte, no puede oponerse de un modo absoluto á esto que no le parece absolutamente injusto, pero que ciertas delicadezas de conciencia la impiden aprobar tambien absolutamente: no desespera, sin embargo, de hallar un medio de arreglar el asunto. Hé aquí lo que M. de La Guéronnière ha encontrado para ilustrar á la opinion de la Francia sobre Roma y la Italia.

M. de La Guéronnière ha dicho de sí mismo, con esa elegancia que toda la prensa admira : «Siempre me ha guiado una brújula, la moderacion.» Dice bien, si yo no he olvidado completamente los combates que ha tenido ocasion de dar contra la fuerza ó presente ó futura. Respecto del Piamonte y de los señores de Italia, su estilo es todo flores y alfileres; pero calma bastante á los católicos de Francia, y no ha sabido darse el buen tono de respetar al Papa. No puede disimular que ese soberano, por otra parte honrado y bueno, ha merecido muy bien todo lo que le sucede. ¿Acaso no se negó el Papa á corregir los célebres abusos de su gobierno? ¿No ha rechazado, con la misma obstinacion, las diversas combinaciones que se le han presentado para que pudiera salir de un modo honroso de dificultades? Esto es lo que pretende tambien probar M. de La Guéronnière, sirviéndose de los despachos diplomáticos presentados recientemente á las Cámaras. Y sin dejar esto de la mano, su moderacion se ejercita en ridiculizar y aun en hacer odioso á ese soberano, sin tropas y sin recursos, que se atreve á resistir á la poderosa Francia y al Piamonte vencedor.

En cuanto á la conclusion, á la solucion del folleto, segun unos, falta; segun otros, el folleto, en vez de una solucion, presenta dos. Despues de mucho razonar para hacer ver que la Francia debe por fin abandonar Roma á la Italia, M. de La Guéronnière parece anunciar que la Francia se propone continuar protegiendo al Papa en Roma. Ciertos periódicos familiares dicen que esto debe entenderse solo de un tiempo moral, como en Gaeta; segun otros periódicos mas familiares aun que los primeros, pero acaso menos bien informados que ellos, la proteccion debe entenderse por un tiempo ilimitado. Entre estas opiniones encontradas, la opinion no se encuentra tan ilustrada como quisiera. Que la opinion tenga paciencia : la oscuridad no es sino momentánea, y pronto la disiparán los hechos.

Tal es ese escrito que ocupa á la Europa. Por todo mérito, solo brilla en él la cualidad anti francesa de no decir nada. En ese escrito se escamotean sin esfuerzo los argumentos que la reflexion levanta tambien sin esfuerzo. La frase va oscilando en tortuosos repliegues; parece que oculta algo en las cavernas sonoras del período, y solo oculta la contradiccion. El autor del folleto es esencialmente un escritor de noche, tanto mas importante, cuanto menos se le ve y él se deja ver. Sin embargo, el traje de consejero de Estado que viste le da alguna consideracion, aun al medio dia. La prensa que se atreve á hacer algunas restricciones sobre el escrito, no acaba de ponderar al

misimo tiempo su elocuencia. Quien no ha leído los periódicos familiares, no sabe aun hasta qué punto puede descender la alabanza. En suma, todo el mundo lee y comenta las palabras de M. de La Guéronnière, y es necesario refutarlas.

En el momento de emprender esta tarea, comprendo que es inútil. Respecto de los lectores católicos, M. de La Guéronnière ha conseguido indignarlos mas que seducirlos. Respecto de los otros, de los que componen la masa de la opinion liberal y revolucionaria, M. de La Guéronnière se ha tomado un trabajo inútil: no necesitan ni pretestos ni alientos, y ninguna objecion llegará hasta ellos. La Europa se halla en un camino en el que ya ninguna voz puede detenerla, ni ninguna fuerza humana sujetarla. Llegará á tocar el fondo del abismo.

Escribo, pues, sin esperanza de éxito, no para ilustrar á la opinion, que ya no verá claro sino á la luz del incendio, y sí únicamente por honor, para añadir una protesta al corto número de las que se levanten ante el cortejo triunfal de la impostura y de la iniquidad. En los tiempos que hemos alcanzado, todo cristiano debe recordar que el traidor hacia la verdad no es solo quien falta á ella por los engaños del lenguaje, sino tambien aquel que no la proclama alta y libremente.

Obligado á ser lacónico y á concluir pronto, no me ocuparé del gobierno pontificio inicua y bárbaramente despojado. El objeto de las calumnias de que en todo tiempo ha sido el blanco, se muestra hoy de un modo harto evidente. Se ha tratado de inflamar á la ignorancia, de alentar á la felonía, de enervar hasta la fidelidad, de justificar el crimen. A todo esto se ha respondido sin réplica y sin provecho. Aniquiladas veinte veces, veinte veces las acusaciones mas absurdas se han renovado, y cada vez con obstinacion mas cínica. M. de La Guéronnière nos dice tambien que la diplomacia pedia «el término de numerosos abusos.» El único abuso que los enemigos del gobierno pontificio quieren corregir en él, es su existencia; y al menos muchos de esos enemigos, los mas nobles, tienen la sinceridad de convenir en ello.

M. de La Guéronnière, que ha recorrido tantas opiniones, ha pedido tambien toda clase de reformas antes de que «la brújula de la moderacion» le condujera al puerto del Consejo de Estado. Sabe lo que los partidos suelen reclamar cuando piden reformas; sabe por cuántas razones los gobiernos deben mirarse mucho antes de conceder las reformas que se les piden. Las reformas pueden ser buenas

cuando el soberano las hace con plena libertad. Siempre se ha tenido el cuidado de exigirselas al Papa públicamente, como para poner una arma mas en manos de los sediciosos. Al dia siguiente de la pérdida de las Romanias, se conjuraba al Papa á que concediese reformas. En el mismo peligro, el jóven y admirable Rey de Nápoles recibió el mismo consejo, y quiso seguirlo. Mejor hubiera sido para su pueblo y para él que hubiera dado jefes á sus soldados. Desde 1851 hasta fines de 1860, ¡cuántas instancias no se han hecho para obtener del Emperador dejase mas espacio á la libertad! Ha permanecido sordo; y lejos de conceder eso, algunos, y de aquellos que nada pedian, han perdido la libertad de que estaban gozando. Y cuando, en fin, sintiendo que su fuerza era respetada é incontestable para todos, el Emperador ha hecho concesiones, ¿qué ha concedido? Para la prensa, las circulares ministeriales poco tranquilizadoras, y pronto seguidas de la negativa de autorizar á los redactores de los periódicos suprimidos para publicar otros periódicos. Para los cuerpos deliberantes, el derecho de hablar de todo durante algunos dias, y el de votar un mensaje, cambio que no «altera en nada la Constitucion existente.» Las reformas que se exigian del Santo Padre en voz alta bajo la presion de la sedicion, bajo la presion de la invasion y bajo la presion de la proteccion, esas reformas eran simplemente una revolucion. ¡Gran diferencia hay entre los consejos y los ejemplos!

Prescindiendo, pues, de toda discusion sobre esos «falsos numerosos abusos» que deshonraban al gobierno pontificio, y sobre las excelentes reformas «con las que se pretendia salvarle,» empiezo por de pronto á examinar la actitud de los católicos hácia el imperio. Pruebo que no han sido ingratos ni hostiles, como M. de La Guéronnière lo pretende, para tener ocasion de atribuirles la resistencia del Soberano Pontífice, justificando así la política cuya apología hace muy torpemente. Llevo este estudio hasta el instante de la guerra, época en la que la actitud de los católicos, sin cesar de ser leal y legal, debió, sin embargo, modificarse.

Abordando despues los acontecimientos de estos últimos años, hago la historia diplomática de ellos. Examino los documentos que M. de La Guéronnière pretende analizar, busco en ellos la realidad de los ofrecimientos hechos al Santo Padre, y los motivos y el carácter de la resistencia del Santo Padre para aceptarlos. En lo que toca á Roma, solo tenemos los documentos que emanan del gobierno francés, y aun en esa coleccion no deja de haber lagunas. Sin embargo, en ellos vemos

de qué modo M. de La Guéronnière espone falsamente, aquello mismo que dice quiere aclarar.

En ese punto es en el que su moderacion se olvida ante la majestad y el dolor del Soberano Pontífice, importunado en el Vaticano por la diplomacia, mientras sus soldados eran asesinados en Castelfidardo. M. de La Guéronnière habla de Castelfidardo en términos que los diarios ingleses encuentran implacables. ¡Sentimiento piamontés, al que la victoria no satisface, y que conserva un amargo resentimiento de la abnegacion y del martirio! Para burlarse de Pio IX, se apodera de la charla de la diplomacia inconsideradamente recogida, y en la que nunca un publicista de complexion un tanto digna se bajaría á recoger armas. Eso humilla. ¿Qué necesidad ó qué vana esperanza abrigaba de rebajar á la augusta víctima? ¡Ah! ¡El sentimiento de la decencia pública se ha perdido! Cuando se publicó el almibarado folleto *El Papa y el Congreso*, le comparé al beso de Judas. La tragedia ha seguido su curso, previsto desde entonces. Se ha pasado por el pretorio, se ha tenido el asalto de los sicarios y los silbidos del populacho, hábilmente provocado; se ha realizado la subida al Gólgota, nos hallamos ahora en la cumbre del Calvario, y la víctima está sobre la cruz esperando la lanzada. Faltaba la esponja de hiel: héla ahí.

Despues de estas rectificaciones, podia dejar la pluma. Que el Papa, simple Obispo de Roma, ocupe en ella materialmente mas ó menos espacio; que un soldado francés ó un soldado piamontés guarde la entrada del Vaticano, que haya llegado á ser la entrada de las Catacumbas, ó que el prisionero habite cualquiera otra cárcel, poco importa. Pero esta pretendida conclusion, ya propuesta por M. About y otros publicistas de la misma estofa, no es mas que un episodio. Despues de haber planteado la verdadera cuestion, he buscado la conclusion verdadera.

Cuando, de esta ó de la otra manera, el Papa sea despojado de Roma y muy pronto despues el mundo sea despojado del Papa, una cuestion mas grande, la cuestion capital, que M. de La Guéronnière no aborda, quedará en pie: ¿qué será de la Francia, Roma y la Italia, qué será del mundo viudo del Pontificado?

Este es el horizonte, lleno de tinieblas, en el que quisieran leer todos los que aun tienen el honor de pensar. M. de La Guéronnière no ha soñado en alumbrar ese horizonte con los fulgores de su elocuencia. Habrá sido eso porque no tenia que ocuparse de lo que se hará

del mundo de aquí á algunos meses: cuando llegue el momento de ocuparse de ello, con otro folleto se habrá despachado.

Yo no encuentro inútil considerar las eventualidades de mañana. No desconozco el valor de M. de La Guéronnière; sé que me anota; pero contentarme con refutarle, me parecería un trabajo frívolo. No pudiendo hacer nada contra su peso, me siento humillado al luchar contra el espíritu con que escribe. Despues de haber mostrado cuál es ese espíritu, aunque no estoy muy seguro de que se conozca él mismo, y sondeado lo interior de los acontecimientos cuya superficie ha coloreado con falsos colores, salgo del terreno de los hechos presentes. Colocándome en el último término á que la Revolucion quiere llegar, mas allá de las mezquinas combinaciones de Cavour, en plena utopia mazziniana, contemplo la situacion en que la humanidad no ha vuelto á verse desde Neron: contemplo al mundo sin el Papa.

Seria esta materia de un libro, y me limito á algunas páginas; pero un libro seria aun mas inútil que un folleto en este tiempo de perfeccionamiento de la razon y de la libertad, en que solo se atiende á los artículos de los periódicos, y en el que no todo el mundo obtiene el permiso de escribir en los periódicos. Por lo demas, las verdades que recuerdo son vulgares, y están á la vista de todos.

Esta contemplacion de un porvenir sombrío y horrible, no deja, sin embargo, de ofrecer algun consuelo. Que los católicos lleven á ella sus miradas sin temor. La invencible verdad no puede aparecer al alma humana mas venerable que en esa contemplacion, ni puede responder mejor á sus mas nobles aspiraciones. El alma se encuentra orgullosa de pertenecer á la Iglesia, se afirma en su conciencia á la vista de la justicia, y se siente consolada por la esperanza de la misericordia. Bella es para contemplar la justicia de Dios, aunque terrible por otra parte; repara y cura, y á todos los que aceptan la justicia, queda asegurada la misericordia. Tengamos solo el cuidado de confesar la verdad con mayor firmeza aun de lo que protestamos contra la mentira. La prudencia del momento que pasa ha condenado siempre á los espíritus que se adhieren demasiado á lo verdadero; pero siempre tambien, y mas particularmente en los grandes peligros, el espíritu de verdad ha condenado esa prudencia, ha detestado su silencio, y ha reprobado sus fáciles acomodamientos. Ciertos discursos, pronunciados con grandes aplausos por hombres á quienes respeto, me asustan mas que todos los excesos de la prensa y todos los errores de la diplomacia. La verdad solo se avergüenza de estar oculta, decia Tertuliano; esta es la única deshonra que

puede sufrir. A la raíz de los males que sufrimos ahora, se hallan verdades humilladas y ocultas; el error ha crecido mas espeso sobre ellas, como la yerba sobre las tumbas. Grandes desastres se anuncian. Si la verdad perece, ¿quién se salvará? Los Reyes perderán la autoridad, los pueblos perderán la libertad, todo será presa de la fuerza, no de la fuerza que crea, sino de la fuerza que destruye. Nosotros, que somos cristianos, no usemos del funesto poder de disminuir las verdades; respetemos en toda su altura esos faros divinos que muy luego se levantarán solos sobre el diluvio de las grandes aguas.

I.

### Los católicos y el imperio.

Es sabido que los católicos se apresuraron á aceptar el imperio. M. de La Guéronnière señala esos sentimientos, pero no indica todas sus causas y desconoce su duracion. Quiere encontrar entre los católicos un partido hostile al imperio, sobre el cual la Santa Sede ha apoyado su resistencia. No comprende siquiera lo ridícula que es la suposición de que, en el caso en que se encuentra la Iglesia, el Santo Padre puede ser el patrocinador ó el instrumento de un partido. Veremos que ignora de un modo esencial lo que es un Papa.

«Habia *hombres*, dice, católicos insensibles á los intereses de la fe, que, despues de haberse mezclado á nuestras antiguas luchas políticas, conservaban el sentimiento amargo de su derrota. Se aprovecharon de la libertad que el imperio daba á la Religión, no en vista de las obras divinas que son la misión de la Iglesia, sino en provecho de pasiones, de esperanzas y de designios que la Francia acababa de condenar con un voto solemne.»

¿Quiénes eran esos *hombres*, y cómo pudieron explotar contra el imperio las ventajas concedidas á la Religión? M. de La Guéronnière prosigue; su frase femenina multiplica los rodeos y los subentendidos, y muy luego esos *hombres*, insensibles á los intereses de la fe, son bastante poderosos en Francia sobre los católicos, y en Roma sobre el Pa-



pa, para hacer fracasar todas las benéficas intenciones de la política francesa, y poner en el caso al imperio de defenderse contra el Papa y sus amigos; sus falsos amigos.

Sin embargo, el clero no entra en la conspiracion, y M. de La Guéronnière no encuentra ninguna acusacion que dirigirle. «Es, dice, el clero mas ilustrado, mas piadoso, mas desinteresado del mundo. Ha mostrado *sucesivamente* su independenciam, su valor, su amor á Dios y á la patria. Su patriotismo es inseparable de su fe, y si se halla dispuesto á morir, como en una época nefasta, al pie de sus altares, se halla *igualmente* dispuesto á llenar todos sus deberes hácia ese pais y hácia su soberano.» ¡Justos elogios! ¡Y ese clero del que M. de La Guéronnière habla con esa pompa de respeto, es el mismo clero á quien insultan todos los dias de un modo abominable é impunemente los diarios vigilados por M. de La Guéronnière! Pero hé aquí otra contradiccion: si ese clero cuya virtud debe ejercer necesariamente una gran influencia sobre los fieles, confia en vos, ¿qué temeis? Si, al contrario, está ofendido y asustado; si su fe «inseparable de su patriotismo» le obliga á pensar con preferencia en lo que impele á desafiar las persecuciones, ¿de qué manera dais cuenta de ello? Y, por último, cómo os figurais que bastan algunas intrigas de algunos hombres notoriamente «insensibles á los intereses de la fe» para engañar al clero mas ilustrado del mundo?

Algunos hechos y algunos nombres echarán por tierra las frágiles invenciones de M. de La Guéronnière.

En 1851, tres años despues del voto de 10 de diciembre, veinte años despues de la caida de los Borbones, treinta y cinco años despues de la caida de los Napoleones, sesenta años despues de la caida de la antigua Constitucion francesa, la Francia entera era hija de la Revolution. Su edad madura databa de 1789, su virilidad de 1830. Todo lo que la Revolution tiene de aceptable, era aceptado sin restriccion, y por todo el mundo. Ardientemente se deseaba la paz en todas partes. Los hombres de partido, irritados por sus derrotas recientes, no eran numerosos, y eran aun menos temibles que numerosos. Los mas vivos iban tomado fácilmente el partido de la tranquilidad; pero entre los católicos no existian esos hombres.

Bajo Luis Felipe, los católicos comprometidos en la vida pública habian aceptado la Carta: creian encontrar en ella la conciliacion de la religion y de la libertad moderna. A su cabeza estaba M. de Montembert; este nombre lo dice todo.

El clero, todo él renovado, hijo del pueblo por la sangre, hijo de los mártires por la fe, solo habia recibido de su origen natural una indiferencia respetuosa hácia las cosas perecederas, y de su origen espiritual el perdon y el amor de las cosas que no perecen. Entre aquellos mismos que conservaban sentimientos políticos, esos sentimientos perfectamente subordinados al deber religioso, estaban muy templados por ese ambiente que no deja, fuera de las verdades de la fe, nada que sea muy vivo en los corazones. El clero, casi en masa, alentaba al pequeño núcleo de oradores y de escritores que se formaba alrededor de M. de Montalembert. Para distinguirse y separarse de los partidos, esos hombres se proclamaban *católicos ante todo*. Los Obispos habian sancionado sus esfuerzos, y esta era una especie de adopcion de la Carta, hija, no la última, de todas las Constituciones con las cuales la Revolucion ha tratado de satisfacerse y de contenerse. Creo que M. de La Guéronnière nos combatia entonces en algun periódico legitimista de provincia.

Bajo la República, los católicos habian continuado buscando la solucion de su bello problema, el acuerdo entre la libertad moderna y la Religion. Lo difícil de este problema no estaba en saber lo que la Religion podia dar á la libertad, sino lo que la libertad queria dar á la Religion. Nosotros estábamos en lo que se llamaba *partido del orden*, pero no éramos del partido del orden: triste partido, triste fusion en la que dominaban la pasion, los odios, el terror hácia la libertad; en el que la Religion, aceptada como un baluarte de guerra, no como otra cosa, se hallaba ya desde entonces amenazada de expiar mas tarde el auxilio que era entonces necesario pedirle. Ignoro dónde se hallaba entonces M. de La Guéronnière, si era ya del partido del orden, ó si era ya republicano.

M. de Montalembert tuvo muy luego confianza en el nombre de Bonaparte. Fue uno de los patrocinadores de Napoleon contra Cavaignac, candidatura generalmente adoptada por los católicos desde que Napoleon tomó partido públicamente por la soberanía temporal del Pontífice. Creo que apercibí en ese tiempo á M. de La Guéronnière en la redaccion de *La Era Nueva*, periódico religioso y muy amigo de Cavaignac... á menos que no entrara en la redaccion mas tarde con el marques de Larochejacquelein. M. de Montalembert celebró en el *Univers* la victoria de Luis Napoleon, y M. de Falloux llegó á ser ministro del nuevo presidente. Se ve por esto que al dia siguiente del 10 de diciembre, los católicos, mezclados de antiguo á las luchas políticas, no

trataban de engañar al clero, sembrando hábilmente dudas sobre las intenciones del jefe del Estado.

Sin embargo, desde 1849 nacieron las dudas á causa de la famosa carta del príncipe-presidente al coronel Edgard Ney. No nos disgustaria tener hoy el artículo que M. de La Guéronnière debió escribir sobre ese documento en *La Era Nueva*: me imagino que nuestras opiniones debieron entonces aproximarse mucho. A pesar de haber manifestado su oposicion, los católicos no rompieron. Habiendo dejado el presidente á la Cámara y al ministerio que rasgaran ese triste programa, se olvidaron los recuerdos dolorosos de Savone y de Fontainebleau, que, como dice M. de La Guéronnière, acababan de presentarse á todos los ánimos, pero no á causa de la perfidia de los católicos. Otros recuerdos, invocados sin cesar, venían tambien á hacer olvidar esos. Los socialistas amenazaban la propiedad, amenazaban la sociedad, amenazaban la civilizacion. En la tribuna y en los periódicos invocaban á sus padres de 1793, y parecían dignos de imitarlos. Savone y Fontainebleau habían aparecido como un relámpago en lo mas lejano del horizonte; el terror aparecía permanente, y para un porvenir próximo. Se decía entonces: La sociedad vivirá dos años, un año, un mes, algunos dias. ¡Y de esa suerte los gloriosos hijos de los padres del 93 formaron el imperio! La Francia tenia miedo. Luis Napoleon era la esperanza secreta de muchos de los que le combatian. Aun los que rechazaban el pensamiento del imperio, aceptaban y deseaban el espediente de la dictadura. M. de La Guéronnière era entonces redactor del *Pays*, diario sin color, y exclamaba: *Emperador, jamás*. El clero contemplaba el espantoso progreso de la anarquía, y no ignoraba que la solucion de las dificultades humanas se hace entre el Papa y el Emperador, por el acuerdo de la fuerza material y moral. La hora habia llegado: se vió la fácil revolucion del 2 de diciembre de 1851.

No existia en Paris sino un solo periódico exclusivamente católico. En presencia de las barricadas que se levantaron en un momento, ese periódico se adhirió plenamente al golpe de Estado. No habia pedido el imperio, ni le pedia: lo aceptaba como un medio natural, legítimo y feliz que arrancaba á la Francia á la inminencia de una revolucion salvaje, escitando á los católicos á que prestaran su apoyo al nuevo poder. M. de La Guéronnière tenia entonces escrúpulos. En esas ocurrencias tan graves, supo divertir á la Francia dando la dimision de un jóven hermano suyo que acababa de ser nombrado subprefecto,

Muy luego, si no á continuacion de ese golpe, M. de La Guéronnière encontró en los empleos públicos la estabilidad que habia buscado con tantas carreras á través de tantas opiniones... Debo confesar que el *Univers* recibió una recompensa muy apreciada: el presidente me concedió á mí la gracia de un deportado republicano.

La actitud del *Univers* era la de la gran mayoría de los católicos. Deseo y espero no incomodar á M. de Montalembert alegando aquí su testimonio tan precioso contra las fraudulentas alegaciones que estoy combatiendo.

El 12 de diciembre, en una carta digna de su firma, M. de Montalembert decía:

«Luis Napoleon era en 1852, como en 1848, el elegido de la nacion. Siendo así, creo que nada hay mas imprudente, por no decir mas insensato, para los hombres religiosos y los amigos del orden en un pais como el nuestro, que ponerse á través ó contra el voto particular, cuando ese voto nada tiene de contrario á la ley de Dios ni á las condiciones fundamentales de la sociedad...

»Sin entrar en la apreciacion de su política estos tres años, recuerdo los grandes hechos religiosos que han señalado su gobierno en tanto que el acuerdo entre los dos poderes ha durado: la libertad de la enseñanza garantida; el Papa restablecido por las armas francesas; la Iglesia puesta en posesion de sus Concilios, de sus Sínodos, de la plenitud de su dignidad, y viendo crecer gradualmente el número de sus colegios, de sus comunidades, de sus obras de salvacion y de caridad.»

Se ve por esto que los católicos no eran ingratos. Su agradecimiento solo olvidaba la carta á Edgardo Ney, y los dolorosos recuerdos de Savone y de Fontainebleau.

M. de Montalembert añadía:

«Busco en vano fuera de Luis Napoleon un sistema, una fuerza que pueda garantizarme la conservacion y el desarrollo de tales beneficios: no veo sino el horrible abismo del socialismo vencedor. Mi eleccion está hecha. Estoy por la autoridad contra la sublevacion; por la conservacion contra la destruccion, por la sociedad contra el socialismo, por la libertad *posible* del bien contra la libertad segura del mal; y en la gran lucha entre las dos fuerzas que se disputan el mundo, creo, al obrar así, hallarme hoy, como siempre, por el catolicismo contra la Revolución.»

Al mismo tiempo, M. de Falloux y sus amigos aconsejaban á sus

adeptos que no pusiesen un solo voto negativo en la urna destinada á legitimar el acto de 2 de diciembre.

¿Quiénes eran, pues, esos hombres del pasado, católicos insensibles á las victorias de la fe, que mezclaban *pérfidamente* dolorosos recuerdos á las esperanzas de la Iglesia?

M. de La Guéronnière nombrará precisamente á M. de Montalembert, que pasó pronto, en efecto, á la oposicion.

Pero, primero, M. de Montalembert nada pérfido ha hecho nunca, porque eso es contra su naturaleza; segundo, su oposicion ha sido mas política que religiosa; tercero, M. de Montalembert, al seguir ese camino, se separó de sus antiguos amigos. Es una cosa perfectamente conocida que M. de Montalembert no fue seguido por los católicos, de lo cual se ha quejado con frecuencia, y muy alto; y, ademas, yo me acuerdo de haber sido muy injuriado últimamente en *La Patrie* por M. de La Guéronnière, que me echaba en cara el haberme separado de Montalembert.

La verdad es que el partido católico, formado bajo sus verdaderos jefes, los Obispos, permanecía en masa al lado del gobierno, pidiéndole solo que protegiera la libertad de la Iglesia, madre fecunda de todas las virtudes y de todas las libertades. Todo el mundo recuerda el largo viaje del presidente á través del Mediodia de la Francia, y sus bellos discursos, en los que se creia ver el programa del imperio. El príncipe daba el ejemplo de los sentimientos religiosos: saludaba los altares, era saludado por los Obispos, construia iglesias; hablaba el lenguaje de un Constantino. ¿Qué motivos de alarma tenian entonces los católicos, y qué podian contra su confianza, justamente escitada, pocas y vanas palabras, inspiradas por la pérdida de lo que nadie echaba de menos? Se les decia que desconfiaran de la fuerza, y contestaban que antes era preciso que la fuerza desconfiara de la fe. Otros peligros les inquietaban mas: la Revolucion, menos atrevida, no se mostraba menos hostil á los principios mas sagrados y á las obras mas santas. El presidente era siempre el único baluarte material contra este peligro de todos los momentos.

La confianza de los católicos no cesó cuando mas tarde, y sin gran sorpresa, se apercibieron de que la proteccion prometida y por otra parte dada á la Religion, no la ponía á cubierto de los ataques de la prensa. Aceptaron esa lucha, en tanto que los católicos de la oposicion hacian ligeros esfuerzos en favor de las libertades políticas. Así verdaderamente el gobierno se hallaba, en cierto sentido, sostenido

por las dos fracciones católicas. La primera, compuesta de los ultramontanos, le sostenía por principio; la segunda, compuesta de la pequeña escuela liberal, le combatía con la medida de la Constitución; pero al mismo tiempo prestaba auxilio á sus inclinaciones liberales. Decía que era preciso marchar con la época y no irritar al espíritu moderno; que la Iglesia necesitaba rejuvenecerse, y Roma reformarse. En los negocios de Roma, ningún consejo de resistencia al espíritu moderno ha visto el gobierno por ese lado. De ese lado, nosotros los ultramontanos y los gubernamentales, éramos tratados de absolutistas, de aduladores, de teóricos que deseaban refrenar la libertad entre el cuerpo de guardia y la sacristía. En la misma época, en 1854, el Emperador escribía de mí, de mí, á quien hoy no se deja escribir: «Su talento recibe siempre las inspiraciones de lo que el patriotismo tiene de mas puro y la fe de mas elevado: decidle que estoy muy orgulloso por los sentimientos que me manifiesta.»

¿Cómo el oro en vil plomo se ha llegado á cambiar?

¿Cómo los católicos han podido merecer los anatemas con que M. de La Guéronnière les ha acusado hoy? Los católicos son hoy lo que fueron entonces; pero los acontecimientos han ido por donde no esperaban.

La primera inquietud sería que tuvieron fue poco después del viaje á Bretaña, que parecía querer anunciar otra cosa. Allí el Emperador, en medio de ese pueblo «católico, monárquico y soldado,» había sentido palpar el corazón de la Francia católica; había sentido la confianza y el amor. El viaje á Bretaña tuvo lugar por setiembre de 1858. En el mes de febrero de 1859 apareció el folleto *Napoleon III y la Italia*. Este escrito descubrió una modificación profunda en la política del imperio: la balanza, que hasta entonces se había tenido en un perfecto equilibrio, se inclinaba decididamente del lado de la Revolución. Orsini había lanzado su testamento como una bomba destinada á hacer mas víctimas que las que estallaron en el peristilo de la Opera, y la guerra se preparaba en Italia.

Aunque los católicos hubiesen deseado en general una alianza con el Austria, porque veían en ella la libertad próxima de la alianza inglesa y de la alianza rusa y el medio mejor de hacer grandes cosas en el mundo, no era esa esperanza perdida lo que les afligía, ni la suerte del Austria lo que les inquietaba. La guerra de Italia les asustaba por el Pontificado. Rumores alarmantes circulaban sobre los re-

sultados de la entrevista de Plombières; se decía que se arrancarian las Romanías al Papa. Sin esas previsiones, no nos hubiera inspirado la guerra mas alarma que la que pueden experimentar los franceses. No creíamos necesario para la Religión que el Austria conservase la Lombardía.

Se declaró la guerra, y al mismo tiempo varias seguridades oficiales tranquilizaron á los católicos sobre la neutralidad del Estado pontificio. Los Obispos mandaron hacer rogativas por el Emperador y el ejército; no quedaba mas sino desear la pronta y feliz terminacion de la lucha. Hubo en Francia dolorosos incidentes. A caballo sobre el cañon de Magenta, algunos héroes de pluma se pusieron á cantar marselesas de mal género, dando violentos gritos contra todos los que, á su juicio, no les formaban el coro. Con la ayuda de los gritos de esos señores, nuestros soldados triunfaron en Solferino, y la victoria negoció la paz.

Pero las Romanías quedaban en manos del Piamonte, cogidas, no por la guerra, sino por la Revolucion. La conquista del Milanésado era la noble conquista de las armas; el robo de los tres Ducados, y, sobre todo, el de las Romanías, mostraba la caida del derecho en los lazos de la ratería revolucionaria. ¡Justo motivo de luto en medio de las alegrías del triunfo! La Lombardía arrancada al Austria, era una victoria; los Duques destronados y la Santa Sede despojada, eran una derrota. Tal fue entonces el sentimiento de los católicos, y dudo que toda la elocuencia de M. de La Guéronnière les haga nunca avergonzarse de él.

Las palabras y las apariencias de Villafranca consolaron á su lealtad: pareció que se les abria un horizonte inesperado. Jurada entre los Emperadores, sin concurso del Piamonte ni de las potencias neutrales que se habian alabado de intervenir soberanamente en tiempo oportuno, la paz prometia la restitution de Bolonia y el reintegro de los príncipes despojados. Aun no se conocia bien entonces la rigidez y la elasticidad alternativas del principio de no-intervencion. Creimos en esas promesas, en la vuelta del orden legítimo, en la confederacion. La dificultad de organizar la confederacion no nos parecia hallarse por encima de la buena fe y de la buena voluntad de la Francia.

No me niego á reconocer que nuestras esperanzas fueran aun mas lejos. Por un instante, la alianza con el Austria, esa alianza católica tan largo tiempo deseada, nos pareció casi una de las consecuencias probables de Villafranca.

¿Es una cosa antipatriótica y culpable tener sobre las alianzas otras miras que las de los escritores del Estado que escriben folletos anónimos con toda su dependencia, ó folletos firmados con toda su libertad? En ese caso seria leal prohibir la manifestacion de toda idea contraria á la de esos señores, á fin de que la libertad de opinion no tuviera por único resultado crear categorías de sospechosos.

En cuanto á nosotros, ciudadanos franceses, católicos por la gracia de Dios, por el derecho de nuestro nacimiento, por la voluntad santa de nuestros padres, y por nuestra propia voluntad, creemos tener aun el derecho de desear para la Francia católica alianzas católicas. Una alianza generosa con el Austria, en la cual entraran las demas naciones católicas, comprendiendo á la Italia reconstituida, nos parecia que debia dominar pronto á la Europa, arrancar el mundo al yugo inglés, preservarle del yugo ruso, darle todo él á la civilizacion, á la libertad, á la unidad del Evangelio. Lejos de acabar con las nacionalidades existentes para crear sobre sus restos uno de esos monstruosos imperios de que el cristianismo libertó al mundo, soñábamos que esa alianza libertaria, resucitaria, exaltaria todas las nacionalidades; y que la Francia, iniciadora de ese gran movimiento, llegaria á ser la protectora de los pueblos, convidando á los unos á la mas sana actividad, llevando á los otros la luz mas pura y fecunda. No habia ya nacion mutilada, ni moribunda, ni muerta, ni divisiones eternas é irremediables entre los hijos de Adan. La Polonia, viva y entera, surgia á la vez de sus tres sepulcros; la libertad calentaba los miembros desnudos de la Irlanda, y fecundaba su seno desolado; el Portugal rompia su innoble mortaja de algodón inglés; la noble España, saliendo de su vergonzoso letargo, se engrandecia en Marruecos, ayudándonos á dar á Jesucristo toda el Africa aun dormida en la nada; el Oriente veia llegar el dia hasta sus confines mas remotos; monarquias europeas y cristianas destrozaban la esclavitud en todas partes. Si se hacia necesario algun cambio de territorio en Europa, se tenian las compensaciones que ofrecia ese vasto Oriente, salida para todas las naciones. La Francia hubiera obtenido de los pueblos agradecidos mas de lo que su ambicion puede desear: una marina y colonias para la Alemania, ¿serian un precio indigno de las provincias del Rhin?

Si lo que espongo es un sueño, por lo menos el sueño no es de hoy, y eso muestra que los católicos no esperaban poco del genio del Emperador, ni formaban malos designios contra su gloria y su seguridad. Por mi parte me atrevo á decir que he deseado al Emperador todo el

:



amor de la Francia, todas las bendiciones de Dios, toda la grandeza que un hombre puede lograr en el tiempo y en la eternidad.

Vuelvo á la situacion que siguió al 2 de diciembre: ¡qué momentos! ¡Todos los resentimientos apaciguados, todas las ilusiones disipadas, todas las esperanzas aplazadas y que solo pedian apagarse, todos los elementos del órden verdadero esparcidos, pero reales y poderosos, esperando de la misma mano el lazo que debia darles la cohesion y la fecundidad! La Francia, que nada tenia que temer de la Europa desorganizada, y escitando al contrario en ella la confianza y la admiracion, hallaba en un solo hombre lo que necesitaba para crecer libre de todos los temores y satisfacer todas sus aspiraciones. ¿Quién dejaba de ofrecer ya su apoyo, y quién podia y queria negarlo siempre, ni aun por largo tiempo? Parecia que la vida nacional iba á empezar sobre el terreno de todas las tradiciones, engrandecido por todas las invenciones. Así se nos mostraba el porvenir lleno de nobles conquistas, de grandes obras y de paz; así se lo mostrábamos nosotros al pequeño número de los que criticaban nuestra confianza. Y ahora que enemigas influencias han disipado tan bella esperanza, nos basta evocar sus elementos, aun visibles, ante cualquiera que diga que nosotros somos los que los hemos repudiado. Ciertamente, poco falta para que no me halle ahora tan asustado del porvenir, como seducido estuve anteriormente; pero me parece que mi dolor seria menos grande sin el amargo sentimiento que me causa ver tantas bellas cosas destruidas, y á la vez me parece tambien que tendria menos consuelos en el fondo del alma si no hubiera visto las magnificencias del camino abandonado, ó si, habiéndolas visto, y por todo el tiempo en que fue posible comprometerse en él, hubiera hablado otro lenguaje que el de un amigo.

Tales eran, por otra parte, los sentimientos del clero y de los católicos, con pocas escepciones. ¿Y qué podíamos nosotros desear, sino que la Iglesia fuera libre y la Francia próspera y tranquila? Los que creian menos que nosotros, solo pedian que se les dejara esperar lo propio, y no han dejado de tener paciencia. Los que, de acuerdo en ese punto con las oposiciones, hoy muy bien tratadas, deseaban un acrecentamiento de libertad política, no por eso conspiraban. ¿A quién se podrá persuadir que Montalembert, Falloux, Alberto de Broglie, son ciudadanos menos pacíficos, menos religiosos observadores de las leyes, menos respetuosos hácia las condiciones del órden que todos los escritores de la prensa autorizada y favorecida?

Cuando los católicos se vieron por fin en la necesidad de mostrar

que si querian dar mucho á César, no querian, sin embargo, negar nada á Dios, se les ha visto muy moderados, por no decir tímidos. Por temor de comprometer tantas obras necesarias para la humanidad, que un solo acto caprichoso puede instantáneamente echar por tierra, han obrado menos de lo que han protestado, y han protestado mas con su silencio que con sus palabras. M. de La Guéronnière se atreve á repetir las denuncias favoritas del *Siècle*; no se avergüenza de acusar á las asociaciones de caridad. «La misma caridad, dice, era un lazo tendido á las almas generosas, y con demasiada frecuencia la *tolerancia* de la ley no era sino la complicidad de *malos designios* que encubria sin absolverlos.» ¡Qué manía de ver en todas partes conspiraciones! ¡Qué tendencia de triste augurio á avanzar siempre la mano para separar las dificultades con la espada de la ley! La verdad es que las Conferencias de San Vicente de Paul se han abstenido generosamente de concurrir á la obra del dinero de San Pedro, á fin justamente de no irritar la *tolerancia* que les permite alimentar á los pobres.

Para concluir con esta materia y unirla mas estrechamente á la cuestion general, diré que nadie ignora que los católicos, á quienes se echaba en cara sus disposiciones benévolas en demasía, se justificaban con los sentimientos frecuentemente manifestados por el mismo Santo Padre. ¡Nunca pudieron prever que Pio IX seria acusado de ingratitude hácia la Francia! Uno de los rasgos mas señalados de su carácter es el agradecimiento por el bien que los soberanos y los demas hombres hacen ó quieren hacer á la Religion: nunca ha dejado figurarse á nadie que ignoraba lo que la Religion habia podido deber al gobierno imperial. Ha alabado altamente al Emperador por haber respetado la libertad de la Iglesia, por haber dejado libres las comunicaciones entre la Santa Sede y los Obispos, entre los Obispos y los fieles confiados á su solicitud; ha dado gracias repetidas veces por la proteccion que se le dispensaba en Roma. Hoy mismo no puede haber la duda de que Pio IX agradece al gobierno imperial todas esas cosas, tan sinceramente como le desea que no se desvíe de un camino en el que únicamente pueden mantenerse sus prosperidades y su gloria.

Lleguemos á las proposiciones de la diplomacia.

## II.

### El Papa y la diplomacia.

La cuestión romana se planteó en el Congreso de 1856 por boca de la Francia. Desde esa época, todo el trabajo político ha tenido por objeto, á nuestro juicio, destruir el poder temporal del Santo Padre, llevar al Papa al punto de despojarse á sí mismo, y preparar á los pueblos á ver tranquilos la realización de este crimen, llevado á cabo por la fuerza.

Fuesen las que fuesen las intenciones que habían hecho publicar el manifiesto titulado *Napoleon III y la Italia*, este escrito no podía dejar de arrojar en la península grandes semillas de sedición. La semilla prendió inmediatamente; la proclama del Emperador, á su entrada en Milan, no podía impedir de modo alguno que creciera. Esta proclama no se dirigía á los piemonteses, cuya ambición se colmaba haciéndolos soldados y los libertadores, es decir, los señores de Italia; no se dirigía á los lombardos, á quienes se anunciaba su libertad; se dirigía á los italianos. Se les decía que no se había ido á Italia á despojar á los soberanos, sino á combatir á los enemigos de Italia y mantener el orden interior, sin querer poner ningún obstáculo á los votos legítimos de los pueblos.

Se añadía en la proclama: «La Providencia favorece algunas veces á los pueblos, dándoles la ocasión de engrandecerse *de un solo golpe*... Aprovechaos de la fortuna... Organizaos militarmente, volad á poneros bajo las banderas del Rey Víctor Manuel... Animados del fuego sagrado de la patria, sed hoy solo soldados, *mañana sereis ciudadanos libres de un gran país*.» Los italianos que no hubieran visto en esas palabras la promesa de la unidad futura de la Italia bajo la corona del Rey subalpino, no habrían comprendido su lengua. Era claro que si el Emperador no quería despojar á los soberanos, no se oponía á que los despojaran los pueblos; y esos podían ser, en los Estados de la Iglesia como en otras partes, los *votos legítimos* de los pueblos, seguros de no hallar en su camino ningún obstáculo. Esto fue lo que empezó muy luego á realizarse, y lo que ahora se ha realizado, no, es cierto, por los pueblos medianamente dispuestos á correr bajo las banderas de Víctor Manuel y de Garibaldi, sino por el gobierno piemontés, apode-

rado general de los *italianos*, y legítimo intérprete de sus *votos legítimos*.

M. de La Guéronnière presenta á Roma como á un centro de ingratas é injuriosas alarmas contra la Francia: este es uno de los principales objetos de su escrito. En Roma, sin embargo, la proclama á los italianos no habia abatido la confianza. El Papa creia que las partes beligerantes respetarian su neutralidad, ya que á su lealtad se habia confiado el cuidado del territorio en dos partes. Las promesas del gobierno francés y la seguridad que inspiraban al gobierno pontificio, aparecen en el lenguaje del Cardenal Milesi, legado de Bolonia, que se espresaba así, dirigiéndose á los alcaldes y gobernadores de las Legaciones:

«El gobierno francés se ha apresurado á asegurar, en los terminos mas formales, al gobierno pontificio, que en el curso de la presente guerra, S. M. el Emperador no permitirá que se intente la menor cosa en detrimento de las consideraciones debidas á la augusta persona del Santo Padre, ó que tengan por objeto arruinar su poder temporal.»

Pero á poco de esto, una maniobra del quinto cuerpo del ejército francés hizo caer Bolonia y las Romanías en poder de los revolucionarios, que no ocultaron su designio de entregarlas sin demora al Piamonte. Y desde aquel momento se ve á la diplomacia empezar en Roma una serie de instancias mas ó menos hábiles, todas con el objeto de obtener del Santo Padre empezara él y sancionara por sí mismo la destruccion de su poder temporal. Resiste, y se insiste; la tenacidad no se agota, aun cuando ve que la paciencia es inagotable; pero por una parte la amenaza no cesa, los golpes mas crueles siguen de cerca á la amenaza, y la irrisión viene á unirse á los golpes; en tanto que por la otra parte la misma perspicacia serena se niega á todo, sin dejarse sorprender; la misma invencible mansedumbre sufre todo sin desmayar; la misma confianza en la eternidad del derecho, dejando pasar la irrisión como ha sabido desbaratar las intrigas y soportado los malos tratamientos, espera inquebrantablemente, á pesar de la privación absoluta de toda fuerza humana.

Los *Documentos* en que M. de La Guéronnière pretende apoyarse para ilustrar á la opinion, y de los que apenas cita, y ello inexactamente, algunos párrafos, necesitarian ser completados en lo que toca á los *asuntos de Roma*. Los documentos reunidos bajo ese título, en número de 32, emanan todos del gobierno francés, y en ellos solo se oye al gobierno romano por la boca de nuestro embajador: exclusion tanto

mas significativa, cuanto no se ha temido dar sobre esas cuestiones la palabra á los mismos ministros extranjeros. Además, en esta coleccion esclusiva se notan muchos vacíos. Se busca en ella vanamente, por ejemplo, el famoso despacho al cónsul francés de Ancona, cuando la invasion de las Marcas y de la Umbría. No á todo el mundo podrá persuadir M. de La Guéronnière que ha sido encargado de encender las luces, precisamente cuando apaga las que mas brillan. Pero, á pesar de esto, y á pesar de los rodeos del folletista, se ve bastante claro. Tratemos de describir la escena, y de dar idea del diálogo habido entre el Papa y la diplomacia.

Cuando la guerra estalla, se promete al Papa que se respetará su neutralidad, que el Emperador no consentirá que se intente nada contra su persona ó su territorio. El Santo Padre espresa su agradecimiento y la confianza de que no ha de faltarse á la palabra dada.

Despues de la pérdida de las Romanías, á la raiz de los preliminares de Villafranca, se le aconseja, ó mas bien se le intima, á que acepte el hecho consumado, reconociendo en las provincias separadas de su dominio un gobierno extraño. Se añade á esto que deberá hacer reformas en las provincias que le quedan: ese era el momento en que se estipulaba la vuelta de los Duques de Módena y de Toscana; el momento en que se pedia al Papa ratificase la Revolucion triunfante y alentara en otras partes la revolucion inminente. En cuanto á la cesion de las Romanías, el Papa mantiene su derecho; en cuanto á las reformas, no le parece que el momento sea el mas propio para hacerlas con dignidad y buenos resultados, por lo cual las aplaza.

Nótese que el Piamonte, ya firme sobre el nuevo derecho, no admitia tampoco lo del gobierno separado. Esto se sabia, sin duda, y sin embargo se proponia al Papa un acto de debilidad, del que no habia de recoger ningun precio.

Se inicia la idea de un Congreso para arreglar los asuntos de Italia, que parecian mas embrollados que nunca desde la paz de Zurich. El gobierno pontificio acepta la idea del Congreso; consiente él, el Jefe espiritual de los pueblos católicos, en defender su causa ante el consejo de sus hijos. Ya no puede contar con su amor, ni aun con su preferencia; pero cuenta con que aun les anime el espíritu de justicia. El Cardenal Antonelli se hace buscar un alojamiento en Paris, y el buque que debe conducirlo á Francia está preparado. De pronto aparece el folleto *El Papa y el Congreso*, destinado á *ilustrar* la opinion sobre los escelentes resultados que pueden esperarse del Congreso: el pri-

mer resultado del folleto fue el de hacer aplazar el Congreso. También tuvo otros resultados que, aunque el público no previó inmediatamente, no se hicieron esperar mucho: «No podemos olvidar, ha escrito después lord John Russell al embajador inglés en París, que el folleto *El Papa y el Congreso* ha hecho perder al Papa más de la mitad de sus dominios, y que ha impedido la reunión de un Congreso.»

Con motivo de este folleto, se observó en la prensa familiar un manejo, que hoy se está renovando. El *Constitutionnel*, representado por M. Grandguillot en toda la plenitud de su independencia, hizo ó anunció algunas reservas sobre la obra; el *Pays* declaró «que no debía verse en ella el pensamiento del gobierno;» el *Siècle* la dió una aprobación entusiasta, y *L'Opinion Nationale* reivindicó el honor de haber imaginado la solución propuesta por el autor anónimo. Hoy sucede lo propio. El *Siècle* proclama alegremente que, por el nuevo folleto, se va, por fin, á arrancar á Roma de manos del Santo Padre; el *Constitutionnel* y el *Pays* responden con insistencia que no se trata de eso, sino de todo lo contrario, y el *Siècle* repite que sin eso no tiene conclusión el folleto.

Durante algunos días, el público ignoró que el folleto *El Papa y el Congreso*, publicado el 22 de diciembre de 1858, respondía á una carta privada del Papa, escrita el 2 del mismo mes, en la cual Su Santidad hacía un llamamiento á la lealtad del Emperador sobre la cuestión de las Romanías. El Emperador contestó á esa carta por su mano, pero tardamente, el 31 de diciembre. En el intervalo, el Papa, á quien el ruido del folleto y el silencio del Emperador habían sorprendido, tuvo ocasión de manifestar su juicio sobre ese escrito tan célebre. Lo hizo con un vigor que escandalizó mucho á *La Patrie* y al *Constitutionnel*, y aun al *Moniteur*. Divulgando entonces la carta imperial, el *Moniteur* hizo notar que tal vez el Papa no habría dicho lo que acababa de oírse, si hubiera recibido la carta del Emperador, fechada la víspera del día en que el *Moniteur* hablaba de ella. Sin duda el Papa no se hubiera expresado nunca sobre una carta del Emperador, aun siendo pública, como tenía interés para hacerlo sobre un folleto anónimo, y el *Moniteur* demostraba una distracción singular, poniendo en el mismo pie de igualdad dos documentos, la carta del Emperador y el folleto anónimo, tan separados en el orden gerárquico.

Por lo demás, la carta imperial resumía los argumentos y adoptaba las conclusiones del folleto. Después de decir en ella el Emperador al Papa que su carta le había conmovido vivamente, y que responde-

ria con plena franqueza al llamamiento hecho á su lealtad, el Emperador conjuraba al Santo Padre á que *hiciese el sacrificio de las provincias sublevadas*, para facilitar las deliberaciones del Congreso. Solo á este precio creia obtenerse una garantía para lo demas; es decir, que negándose á abandonar las Romanas, el Papa se esponia á perderlo todo.

El Papa rechazó esta proposicion: subsistian las mismas razones de su anterior negativa, que se hallan espuestas en la Encíclica del 19 de enero de 1860: Encíclica para la que no ha habido lugar ni en los *Documentos*, ni en las *aclaraciones* de M. de La Guéronnière.

«Nos hemos declarado abiertamente al Emperador que no podíamos en manera alguna aceptar su consejo, porque encierra insuperables dificultades *respecto de Nuestra dignidad y la de Nuestra Santa Sede, de nuestro carácter sagrado, y de los derechos de esta misma Silla, que no pertenecen á la dinastía de ninguna familia real, sino á todos los católicos*. Y al mismo tiempo hemos declarado que *Nos no podíamos ceder lo que no era Nuestro, y que Nos comprendemos perfectamente que la victoria concedida á los sublevados de la Emilia seria un estímulo para los perturbadores indígenas ó extranjeros que quieran cometer iguales atentados en otras provincias*. Y entre otras cosas, Nos hemos hecho conocer al mismo Emperador que *Nos no podemos abdicar Nuestro derecho de soberanía sobre las dichas provincias de Nuestro dominio pontificio, sin violar los solemnes juramentos que nos ligan, sin escitar quejas y sublevaciones en el resto de Nuestros Estados, sin perjudicar á todos los católicos, sin debilitar, en fin, los derechos, no solo de los príncipes que han sido injustamente despojados de sus dominios en Italia, sino tambien de todos los príncipes cristianos que no pueden mirar con indiferencia la introduccion de ciertos principios funestos*. No hemos omitido hacer observar que *S. M. no ignora por qué clase de hombres y con qué recursos se han escitado y realizado los recientes atentados de rebellion en Bolonia, Rávena y otras ciudades, en tanto que la inmensa mayoría de los pueblos, sumida en el estupor á causa de esa rebellion, que de ningún modo esperaba, y que no se muestra dispuesta á seguir.*»

La respuesta de la diplomacia á esta Encíclica se halla en los *Documentos*: es un despacho de M. Thouvenel á nuestro embajador en Roma, de fecha del 12 de febrero, despacho que se hizo público aun antes de que el gobierno pontificio tuviera conocimiento de él. Ese despacho tiene el objeto de hacer recaer sobre el Papa la responsabilidad de todos los acontecimientos sobrevenidos en los Estados de la Iglesia

desde la última guerra, así como de los que sobrevinieran en adelante. El proceder, las ideas, el lenguaje muestran en ese despacho la cólera: «Si la Santa Sede, dice M. Thouvenel, se decidiera, *en fin, á descender de las regiones místicas*, en las que la cuestion no está colocada, para entrar en el terreno de los intereses temporales, *únicos* comprometidos en el debate; si á la *inteligencia* de la situacion se uniera la *moderacion* en los procederes, *acaso* la Santa Sede podria producir, aun cuando ya sea muy tarde, un cambio favorable á su causa.»

Así, pues, la Santa Sede, perdida en las regiones místicas, no tiene ni inteligencia ni moderacion, y esas cualidades le han faltado de un modo tan esencial, que aun cuando llegara á adquirirlas, muy difícilmente mejoraria su causa. ¡Que Dios nos lo perdone! Esas palabras resuenan como el bofeton de Nogaret sobre la cara por tres títulos sagrada de Bonifacio VIII, Pontífice despojado y cautivo.

Tres meses despues de haber hecho de esa suerte M. Thouvenel comentarios á la Encíclica, el Piamonte comentaba la carta del Emperador. «Esa carta, decia M. Cavour (26 de mayo de 1860), nos ha dado mas de lo que obtuvimos en Palestro y San Martino.» Y, para probar el espíritu de conciliacion que le animaba, el ministro sardo añadia: «La preponderancia sacerdotal nos perjudicaba mas que el dominio de los austriacos.»

Pero, á pesar de la Encíclica tan motivada de Su Santidad, despues del despacho tan severo de M. Thouvenel, despues de la declaracion tan esplicita de M. de Cavour, la diplomacia no quiere escusar al Papa la pena de nuevas sugerencias. Ya se ha oido lo que decia M. Thouvenel el 12 de febrero, el 24 escribe al ministro de Francia en Turin «que ha llegado el momento de explicarse con *completa franqueza*; que el Piamonte debe cuidar de no engrandecerse tanto y tan pronto; que las anexionen deben hacerse de modo que no ofendan á nadie. Así, por lo que respecta á las Romanías, M. Thouvenel propone la institucion del Rey del Piamonte como Vicario del Santo Padre.» M. de Cavour no piensa mucho sobre esta proposicion: se la proponen el 29 de febrero, y el 1.º de marzo la rechaza. Responde que es ya demasiado tarde; que los romañoles *han gozado* los beneficios de un *gobierno nacional* (bajo un M. Farini, de Módena), y que no quieren reconocer al Santo Padre un título que implicaria una ingerencia directa en el gobierno interior.

El Santo Padre, á quien, á pesar de eso, se llevó la proposicion, la rechazó igualmente; y su negativa no estrañó de seguro mas á la di-



plomacia que la de Cavour que la habia precedido. La negativa de Cavour no tuvo para el Piamonte ninguna de las consecuencias desagradables que en el despacho se le indicaba temiera de parte de la Europa y de parte de la Francia. La negativa del Santo Padre le es echada en cara amargamente; y este es uno de los mas serios argumentos de la diplomacia, para probar que el Santo Padre se ha *obstinado* en perderlo todo.

La Francia habló en seguida de retirar sus tropas de Roma, proponiendo hacerlas reemplazar por tropas napolitanas. En el folleto *El Papa y el Congreso* se habia notado de pasada que el Rey de Nápoles no podia dar ningun auxilio al Papa sin esponerse él mismo á los golpes de la Revolucion, que consideraria ese socorro como una intervencion contra *la Italia*.

La Francia, á quien por otra parte *los folletos* no comprometen, olvida esa consideracion del folleto *El Papa y el Congreso*, y no ve ningun peligro en que el Rey de Nápoles proteja al Santo Padre. El Rey de Cerdeña, consultado y tranquilizado por la Francia, no solo consiente en eso, sino que se compromete á «*hacer cuanto de él dependa para prevenir todas las turbulencias en los Estados romanos.*»

La expedicion de Garibaldi era inminente. El Rey de Nápoles se acuerda del folleto, duda acaso de la sinceridad piamontesa, responde que tiene pocas tropas, que debe defender la Sicilia, y, en fin, que seguramente las tropas francesas no saldrán de Roma para entregar al Santo Padre á las empresas del partido piamontés. M. Thouvenel observa, en vista de esto, que si el Rey de Nápoles confia tan poco en el sistema en que funda su seguridad, debe hacer reformas que le atraigan las simpatías de los pueblos.

En este debate, la actitud del Santo Padre es pasiva. No se opone á la retirada de los franceses, acepta el apoyo de los napolitanos. Solo por dignidad, y atendiendo á la gravedad de las circunstancias, no quiere insistir con el Rey de Nápoles: los franceses permanecen en Roma.

Entonces fue cuando el Papa preguntó si el Emperador creia deber oponerse al nombramiento del general Lamoricière como general del ejército de Roma. Antes de trasmitir esa pretension, el embajador francés exigió que el nombramiento del general, ya firmado por el Papa, se revocase, atendido á que el gobierno romano hubiera debido recabar antes el consentimiento del Emperador. El Santo Padre pasó por esa humillacion, revocó el nombramiento, y el gobierno francés

consintió en lo que se le pedia. «Digámoslo francamente, esclama en este punto M. de La Guéronnière; cuando un Prelado romano, conocido por su hostilidad personal á la política francesa, venia hasta *el fondo del Anjou* á hacer un llamamiento á la abnegacion, no venia á buscar al héroe de Constantina, sino al hombre político separado del gobierno de su pais.» M. de La Guéronnière deja escapar con frecuencia cosas de este género. ¿A quién hay necesidad de decir que M. de Lamoricière es un cristiano tan fervoroso como es un valiente soldado, y que tanto sus sentimientos como su capacidad le designaban para llevar la bandera de la Iglesia? Si el Papa hubiera ofrecido el mando de sus tropas á un general en activo servicio, primero hubiera podido obtener una negativa, y ¡quién sabe si le habrian acusado de haber tentado la fidelidad de nuestros generales! ¡Se sabe que es tan ingrato!

Lo que sigue en el folleto sobre las escenas ridículas que se supone pasaron en el Vaticano despues de la llegada de Lamoricière, es triste para leer, y no merece ninguna refutacion. El duque de Gramont, nuestro embajador, que tuvo el honor de hacer su primera comunión con el duque de Burdeos, ha debido afligirse al repetir rumores que no cuentan nada ni de nuevo ni de verosímil. Recogerlos para tratar de ridiculizar al Papa, y hacer esto en el momento de la última catástrofe, y cuando se está encargado de prepararla, no es digno de un consejero de Estado. Si para esta parte cómica se necesitaba absolutamente un bufon en el drama, se tiene á mano á M. About. Me permitiré recordar al señor consejero que ha nacido para cosas graves.

Véanse las últimas proposiciones de la diplomacia.

Garibaldi se halla en Sicilia. La Francia y la Cerdeña lo condenan, y sorprendidas en alto grado de esa expedición pirática, no manifiestan aun inquietud sobre sus resultados. Roma, mas previsora, no ignora que el desenlace se aproxima. En esos momentos se le propone una combinacion, ya sometida al gabinete de Viena: «Organizacion, prescindiendo de una intervencion francesa ó austriaca, dé un cuerpo de ejército destinado á velar por el mantenimiento del orden *en Roma*; subsidio ofrecido al Padre Santo por las potencias católicas; en fin, promulgacion en los Estados Romanos de las reformas ya aprobadas por Su Santidad.»

Hé aquí la respuesta á esta proposicion del Cardenal Antonelli, resumida en un despacho de M. de Gramont. M. de La Guéronnière la encuentra *curiosa*, y no la reproduce íntegra.

«La Santa Sede no se adherirá á ningun protocolo que contenga

reservas respecto de la cuestion de las Romanías. Admitir una reserva en este punto, le parece una concesion al hecho consumado. Si las potencias católicas se reunen para tratar de los asuntos de la Santa Sede, la primera cuestion que debe ocuparlas es la de las Romanías. O esas potencias aprueban el despojo, ó lo desaprueban. En el primer caso, la Santa Sede no puede conferenciar con ellas. En el segundo caso, no puede admitir que todos los Estados católicos, formando una fuerza tan imponente en el mundo, se vean reducidos á sufrir en silencio y á ocultar su descontento por temor de disgustar á la Cerdeña. Que declaren su voluntad y su resolucion, y el despojador devolverá á la víctima de su usurpacion lo que le ha arrebatado.

»La Santa Sede considera la cuestion de reformas como resuelta en principio; pero persiste en diferir la publicacion de las que ha consentido, hasta que vuelva á entrar en posesion de las provincias anexionadas á la Cerdeña.

»Nunca aceptará una garantía para los Estados que permanecen bajo su dominio, porque, á sus ojos, seria reconocer una diferencia entre esos Estados y los que le han quitado. Por esa parte, su resolucion es inquebrantable.

»El Papa se ha espresado ya sobre los subsidios, y no acepta el sistema de una renta inscrita en el gran libro de los Estados. Solo se prestaría á una combinacion que tuviera la forma de una compensacion de los antiguos derechos canónicos percibidos sobre los beneficios vacantes, y que, por esa misma condicion, serian difíciles de conciliar con las instituciones actuales de la mayor parte de los Estados contribuyentes.

»En cuanto al auxilio de las tropas que habian de dar las potencias católicas, á escepcion de la Francia y del Austria, la Santa Sede prefiere reclutar su ejército, y aceptará con mas reconocimiento todo lo que hagan los gobiernos para facilitar esto.»

Lo que á mí me parece curioso es la sinceridad y la seguridad con las cuales M. de La Guéronnière entrega este noble lenguaje del Papa á la burla del público. Se nos hace prudentemente admirar en las clases la majestad de los antiguos romanos que, tranquilos sobre la silla curul, sufrían los insultos de los galos vencedores, prefiriendo la muerte á la impiedad y á la deshonra de vender á su patria. Confieso humildemente que el Papa, negándose á transigir sobre su derecho, no me parece inferior en nada á esos héroes, que hicieron bien en no huir y en no desesperar de la suerte.

M. de La Guéronnière no se contenta con reirse, y trata de hacer algunos argumentos. Pregunta con qué fuerzas contaba el Papa para restablecer su autoridad en las Romanías. La respuesta á esto la tenia en los *Documentos*. «No reclamamos, dice el Cardenal Antonelli, ni la intervencion francesa ni la intervencion austriaca. Que se haga salir á los piamonteses y á los extranjeros; que se nos deje solos en frente de las provincias, vueltas al estado en que las dejaron los austriacos. Que no se oponga nadie á que el Papa haga un llamamiento á las potencias católicas fuera de la Francia y del Austria, para que le envíen sus contingentes, y nosotros nos encargamos de restablecer la autoridad en todo el territorio sublevado.» Se dirá que el gobierno pontificio no hubiera logrado nada. ¿Por qué no le dejaron ensayar?

Sobre la negativa de los subsidios, M. de La Guéronnière se contenta con suprimir la respuesta del Cardenal Antonelli respecto á la dificultad de conciliar la forma canónica, que indica de paso, con las instituciones actuales de la mayor parte de los Estados. En la *esposicion* á las Cámaras, se ha empleado para calificar esta respuesta, y en son de burla, la palabra *anatas*. El redactor de la esposicion hubiera podido enterarse de lo que eran las *anatas*, y habria visto que se piden con frecuencia á los pueblos impuestos mas onerosos y deshonorosos. ¡Ay! Una de nuestras desgracias consiste en tener muchos escritores que no conocen la lengua, para dar lecciones á un público que no sabe la historia.

En cuanto á la resolucion de formar él mismo su ejército y de componerlo de contingentes pedidos á los distintos países católicos, el Papa mostró tambien en ella su prudencia. A pesar de muchos bellísimos ejemplos, voluntariamente pasados en silencio, se ha podido desgraciadamente ver en Castelfidardo lo que hubiera valido ese ejército nacional, al que la diplomacia queria confiar el gobierno pontificio. Por una parte, la traicion no hubiera encontrado en él menos facilidades que en el de Nápoles; por otra, el Santo Padre no debe consentir en tener el carácter laical y militar de todos los otros gobiernos. Ninguno de esos títulos responde á esa dignidad. Es el Padre comun de los católicos; ocupa un territorio que, en realidad, les pertenece á todos. Todos deben defenderle, y en el estado normal, esa defensa solo exige fuerzas de policia, que ninguna razon impide, que muchas razones aconsejan se reclute en todas partes. Conviene, ademas, que ese servicio sea esencialmente voluntario. ¡Estraña política, que hostiga al Papa á que conceda reformas, y que empieza por imponerle la conscripcion!

La garantía de los demas Estados prometida en cambio de la adhesion del Papa á las tres últimas proposiciones de la diplomacia, nunca ha sido sino una proposicion de la Francia. Nadie se ha adherido jamás á ella; la Inglaterra y el Piamonte la rechazaban. Así, pues, al aceptar esa proposicion, el Papa perdía su derecho sin obtener nada. Hay mas: debiendo limitarse el empleo del ejército dado por las potencias á guardar á Roma, resultaba que el Papa, al aceptar esas condiciones, abandonaba moralmente el resto de sus Estados. Hé aquí á qué conducía ó qué encerraba esa última *sugestion* de la diplomacia, en la que M. de La Guéronnière quiere ver el colmo y la tenacidad de la generosidad francesa, formando contraste con la debilidad, la ineptitud y la ingratitud del Santo Padre.

Debe notarse un último punto, para concluir con estas últimas proposiciones, y es, que en los documentos no se halla ninguno que emane directamente de los gabinetes extranjeros. Solo nuestros agentes tienen la palabra, y resumen las respuestas de los ministros de Austria, España y Portugal. Sin acusar su buena fe, podemos decir que tales documentos no permiten juzgar con seguridad lo contrario. Hago esta observacion en descargo del Sr. Collantes, ministro de España, cuya respuesta, trasmitida por M. Barrot, lleva un sello lamentable de impertinencia. Por lo demas, el despacho de M. Thouvenel sobre la respuesta del Austria, prueba que esa potencia no tomó la proposicion por lo serio, por mas que M. de La Guéronnière diga lo contrario. M. de Rechberg, dice, dió «una respuesta simpática.» De los despachos subsiguientes de M. Thouvenel resulta que esa *respuesta simpática* demostraba la conveniencia de cambiar el plan francés.

Resumamos esta relacion fiel de los hechos: siempre se han propuesto al Papa condiciones inaceptables é injuriosas, porque siempre se le ha pedido que sacrificara sus derechos, sus principios, su dignidad, y precipitara la ruina de su poder.

Siempre se le ha propuesto: 1.º, que reconociera y acatara la insurreccion: 2.º, que se dejara imponer un sistema gubernamental que parecia imaginado para destruir igualmente su autoridad moral y su autoridad material. En otros términos: se pedia al Papa que dejara al Piamonte lo que ya habia tomado, y que consintiera que se apoderase de lo restante.

Aceptar la insurreccion de Bolonia, era provocar la insurreccion en todas partes, era ratificarla: era abdicar.

Aceptar un gobierno secular para ciertas provincias, era condenar

en todo al gobierno pontificio, reconocer su incapacidad y su impotencia: era abdicar.

Aceptar y aplicar inmediatamente las reformas, por la orden de la Francia, era rebajar la autoridad del Pontífice, anularle, alentar y fortificar todas las exigencias: era abdicar.

¡Cómo cambia la escena! ¡Hasta qué punto nuestra diplomacia, á la que acabamos de ver tan apremiante y tan imperiosa en Roma, aparece prudente y aun débil en sus relaciones con el Piamonte!

Los *Documentos* dan á conocer de un modo positivo la negativa del Piamonte á adherirse á las proposiciones francesas, no mencionan su adhesión á ninguna de ellas, y esto vale tanto como reconocer una negativa absoluta, señalada, por último, en todos los actos del gobierno piamontés. M. Cavour lo declara oficialmente en la Cámara: «Nuestra *estrella* respecto de Roma es que llegue á ser la espléndida capital del reino italiano.» El Piamonte no se atrevió por de pronto á hablar así, pero nadie se atreverá á negar que pensó siempre de ese modo.

Se dirá que la voluntad de la Francia le habria hecho aceptar las proposiciones que ha rechazado, de haberlas aceptado Roma; los hechos desmienten concluyentemente esta alegación. El Piamonte nunca ha tenido en cuenta la voluntad de la Francia, al menos en lo que se conoce esa voluntad oficialmente. Ha seguido su camino, aun cuando tropezaba en él con la firma del Emperador ó con su palabra.

La Francia, al principio de la guerra, habia dicho al Papa, y declarado al mundo, que el Jefe de la Iglesia seria respetado en todos sus derechos de soberano. El Piamonte no por eso ha dejado de poner la mano sobre las Legaciones, conduciéndose de modo que mostraba no pensaba ni aun soñaba en devolverlas.

El Emperador habia firmado en Villafranca, y mantenido en Zurich, la vuelta de los Duques despojados: nunca el Piamonte tomó por lo serio este compromiso, hoy radical y definitivamente violado.

La Francia protestó contra las primeras expediciones garibaldinas á Sicilia. Esas expediciones, aunque reprobadas por de pronto por la *Gaceta Piamontesa*, no dejaron de continuar; y mas tarde Víctor Manuel ha considerado como un honor el haberlas consentido. «La Sicilia, ha dicho, combatía por su libertad, cuando un ínclito guerrero, fiel á mi persona y á la Italia, corrió en su auxilio. Eran italianos: no podia, no debia retenerlos.»

La Francia aconsejó al Piamonte la alianza con Nápoles. El Pia-

monte propone condiciones que la Francia considera inaceptables : el Piamonte continúa espidiendo voluntarios.

Se concentran tropas piamontesas en los Estados de la Iglesia. Roma se inquieta, é interroga al embajador de Francia, que responde en nombre del Piamonte en los primeros de setiembre, que, lejos de soñar en *invadir* el territorio pontificio, el Piamonte *se opondrá á que sea invadido por los bandos revolucionarios*. Hay una cosa mejor; hay una cosa peor. El 29 de setiembre, Cialdini y Farini se presentan en Chambéry al Emperador, le dicen que el gobierno piamontés teme una invasion inmediata de Garibaldi en los Estados de la Iglesia, y que si su proximidad á las Marcas turbara el órden, el gabinete de Turin creeria necesario *entrar en esas provincias para restablecer el órden sin tocar al poder del Papa*, y hallarse en *posicion de dar una batalla á la Revolucion en el territorio napolitano*. M. Thouvenel añade que el Emperador, lamentándose de que la *tolerancia* ó la *debilidad* del gobierno sardo hubiera llevado las cosas á ese punto, no desaprobó la resolucion motivada y limitada así del gabinete de Turin. Se sabe lo que hizo ocho dias despues el ejército sardo con ese Cialdini á su cabeza; cómo fueron tratados Spoleto y Perusa; cómo fue aniquilada Ancona, sin que un buque francés se presentara allí á salvar á un vencido ni á proteger á un moribundo.

Esas esplicaciones de M. Thouvenel hacen ver en el Piamonte una audacia inaudita. La mentira llega aquí al último grado de la insolencia.

Nunca, seguramente, soberano ha sido engañado, *al parecer*, con mayor impudencia que el Emperador Napoleon, que no tiene condiciones para que lo engañen.

El Piamonte invade, saquea, bombardea, mata, vende, viola todos los derechos, desprecia todas las libertades, destruye todas las instituciones. Y no recibe ningun consejo de reformas. Esos consejos se guardan para los tiranos de Roma y Nápoles. Es preciso que el Piamonte *haga la Italia*, y que el principio de no-intervencion, establecido por la intervencion de la Francia, sea respetado por todos menos por el Piamonte.

El Piamonte, que habia cogido las Romanías como por un golpe de dados, puede coger, por una emboscada, las Marcas y la Umbría. La Francia protesta, retira su embajador de Turin; pero, siempre en buenas relaciones con el Piamonte, mantiene el principio de no-intervencion, que debe necesariamente entregar á los subalpinos toda la

Península, escepto el Véneto, guardado por fortalezas que no se pueden hacer trizas como Ancona, ni hacer saltar como Gaeta.

Así, pues, el Piamonte ha podido anular la palabra del Emperador al Papa y su firma en Villafranca; ha rechazado sus consejos y desafiado sus protestas; se ha burlado, en fin, de él en Chambéry; ¡y M. de La Guéronnière alaba y admira al Piamonte, y se indigna contra la ingratitud del Papa!

Dios, dice el Profeta, reserva inmensas alegrías á los que le temen. No es la menor de esas alegrías la de sentir, cuando la iniquidad nos anonada, que al menos estamos al abrigo de dar el escándalo de aplaudirla, y aun de inclinar en silencio nuestras conciencias ante sus triunfos.

Esos triunfos de la iniquidad, de los que los asuntos de Italia nos ofrecen ahora el asqueroso espectáculo, nada tienen, por otra parte, que pueda halagar nuestro orgullo nacional. Aquellos á quienes alegra en Francia, hacen ver que aman el mal como mal, con absoluto olvido de todo patriotismo y de toda idea de justicia. ¿Qué nos muestran los *Documentos*? A la diplomacia francesa en lucha abierta sobre los asuntos de Italia con tres adversarios: Roma, el Piamonte y la Inglaterra. Los tres adversarios tienen miras contrarias á las suyas, y por todos tres es, al menos aparentemente, batida.

En Roma lo es en realidad. En Roma la diplomacia francesa no hace que se incline ningun principio, ni que triunfe ninguna combinación; todo lo que ella dice que pretende salvar, sucumbe; todo lo que ella quiere manifiesta y verdaderamente abatir, queda en pie. El Papa ya no tiene, de hecho, el dominio temporal que le fue garantido por la Francia; pero con una constancia invencible sostiene el derecho que la Francia quiere hacerle abjurar. Fuera de todo golpe en las *regiones místicas*, en esas regiones del derecho y del deber, de las que la diplomacia le intima, en vano, descienda, el Papa es mas grande y mas soberano que antes de ser despojado. Esto es lo que la diplomacia francesa anunciaba, pero no lo que ella queria: está batida.

Lo que de hecho pasa en Roma, aparece en el Piamonte. En el Piamonte la Francia, por una estraña inconsecuencia, gusta de fijarse en las regiones místicas. Alega compromisos de los que no se hace caso ninguno, ostenta sentimientos y enternecimientos religiosos de los que se burlan y rien; propone ideas que se rechazan siempre; intima voluntades que no prevalecen nunca. Confederacion, restauracion, autonomia de los pueblos, gobierno separado, vicariato garantiza-



do, etc., etc.: ninguna proposicion francesa es admitida, y la Francia soporta todas las negativas. Solo mantiene el principio de no-intervencion, por medio del cual el Piamonte puede hacer todo lo que la Francia no quiere que haga, al menos como lo hace. El Piamonte lo lleva todo á sangre y fuego, mete su mano en el incendio, coge lo que quiere, y la Francia no impide nada: aquí tambien la diplomacia francesa, ó es cómplice, ó ha sido batida.

Contra la Inglaterra, poco visible en Italia y en los *Documentos*, presente, sin embargo, en todas partes, sufre otras derrotas. El programa oficial francés, planteado antes de la guerra y en Villafranca, era la confederacion: ni siquiera se la ha honrado con un ensayo para realizarla. El programa inglés, la absorcion por el Piamonte, va triunfante. La absorcion piamontesa es en el porvenir y para la Sicilia, cuando menos, la absorcion inglesa. Así el interés de la Inglaterra con el interés anticatólico y revolucionario, triunfa en Italia por nuestras mismas victorias. Nuestra diplomacia, que no ha podido prever ese resultado, no ha sabido tampoco impedirlo: aquí tambien, aunque la diplomacia francesa se persuada de lo contrario, tememos que realmente haya sido batida.

En los *Documentos*, y hasta en el folleto, á través de las felicitaciones que los diplomáticos tienen la costumbre de concederse recíprocamente y de recibir de sus amigos sobre la bella concepcion y el feliz resultado de sus planes, se hallan confesiones de embarazos y aun de impotencia, casi gritos de apuro. ¡No nos admira! O no se quiere confesar enteramente el designio que se abriga, porque la conciencia humana, á pesar de lo endurecida que está, no podria sostenerlo, ó ya, impulsados por las fuerzas fatales que ha sido necesario desencadenar, se ve venir el momento en que las cataratas revolucionarias, cayendo cada vez con mas abundancia y fuerza, lo sumerjan todo.

No preguntemos—es ya tarde—si la situacion era tan fatal hace dos años, que hiciera necesario mostrar ese peligro. Estamos en él, y nada puede hacer que no estemos. Lo que se debe buscar es una salida.

Creo que el medio para salir del peligro existe, que seria glorioso, y aun que es fácil.

Se alegan dos deberes que en ese caso pesarian sobre el Emperador, y para los cuales la diplomacia busca una conciliacion hasta hoy incontrable. Se dice que, soberano salido del sufragio universal, é hijo

primogénito de la Iglesia, el Emperador se halla entre dos órdenes de ideas, dos órdenes de hechos que se contrarian, y que él debe respetar del mismo modo. Debe respetar el voto de los pueblos que aspiran á la unidad; debe respetar los derechos de la Iglesia de Jesucristo. Esa aspiracion de los italianos á la unidad, no creo en ella, lo confieso; y ese pretendido deber hácia ese pretendido sufragio universal, manejado por los Cialdini y Farini, deber que nos liga mas, por lo visto, hácia la Italia que hácia la Francia, me parece dudoso de todo punto, y niego que la Francia se le haya impuesto. Pero sea: al menos se puede encontrar que ese deber ha costado mucha sangre y mucho oro, está cumplido con exceso. El sufragio universal francés se creará, de seguro, libre de los deberes que contrajo, sin figurárselo siquiera, el 20 de diciembre del 48 hácia el sufragio universal italiano. Queda el otro deber asumido, segun sus palabras, por el Emperador; el deber evidentísimo de dar al Vicario de Jesucristo la proteccion que le debe esta Francia, primogénita de las naciones cristianas, formada por los Obispos bajo la proteccion del Pontífice romano.

El pleno y entero cumplimiento de ese deber, seria hoy aun la garantía mas segura del porvenir para la nueva Italia. Veamos, pues, lo que exige, y si es necesario renunciar á llevarlo á cabo.

---

### III.

## El Papa y Roma.

Soy de aquellos que creen aun que no habia cuestion italiana en cuanto á los pueblos italianos; que en todas partes, en Italia, el pueblo se hallaba gobernado segun su genio y sus hábitos, no teniendo mas leyes que las que convenian á su dignidad, mas libertad que la que convenia á su pereza; y que, en suma, de todos los pueblos modernos, la Italia era el que mas próximo se hallaba á estar contento con su suerte, y con mayor razon lo estaba. Nunca ningun viajero inteligente y sincero ha visto que ningun punto de Italia careciera de la institucion necesaria para el bien temporal de los pueblos. En cuanto á los que tienen por objeto el bien moral, eran sin número, especialmente en los Estados de la Iglesia.

Sobre ese suelo pontificio tan calumniado, ¿qué extranjero ha dejado de notar el digno continente del pueblo? Se pueden encontrar allí, como en todas partes, figuras incultas y feroces; pero esa infame fealdad de la bajeza absoluta y de la degradacion absoluta, esos perfiles asquerosos del embrutecimiento; en fin, ese tipo de la *canalla*, tan visto entre nosotros, no existe en la campiña de Roma, y apenas se le encuentra aun en el Ghetto, el barrio de los judíos.

Los protestantes y los incrédulos ociosos de Europa que se sienten sofocados por el fastidio en sus patrias tan bien administradas, acuden á Roma á vivir un momento con la vida de ese pueblo, al que llaman el mas miserable de la tierra. Creen que el sol, los monumentos, las bellas vistas, los grandes recuerdos de Roma constituyen solo en Roma el encanto que les embriaga, y que les deja al partir un sentimiento imperecedero. De vuelta á su suelo desabrido, luchan con cólera contra un atractivo que su orgullo nacional y filosófico quisiera negar. No pueden comprender ese prodigio del sol y de las bellas artes, que les ha obligado á vivir complacidos en un pais en que la policia municipal se halla tan mal organizada y el hombre se ve tan poco go-

bernado. Pero la naturaleza es bella donde quiera que se llame país natal, y en todas partes la antigua y sabia Europa ha levantado algunos monumentos y recogido algunas maravillas de las artes. El encanto incomparable de Roma, es el de ser por de pronto la casa solar de la familia cristiana, la cuna universal en la cual hasta el hijo indómito siente que se estrema en su corazón y no sé qué de dulce que es la voz de la sangre. Y además, el instinto mismo de la humanidad, regenerada por Jesucristo, se estrema y se regocija. En el fondo del alma, en profundidades desconocidas de aquellos que no han sido alimentados por la leche de la Iglesia, se despierta la alegría indescriptible de vivir en medio de la libertad, no de la falsa y doble libertad de los políticos y de los filósofos, libertad armada contra Dios, contra la autoridad y contra los hombres, sino la libertad de Jesucristo, la verdadera libertad, que da á Dios y al César lo que les es debido, que nada emprende nunca contra los hombres. En todas partes en la Europa separados de Jesucristo, por principio ó de hecho, los hombres son esclavos. En Roma, en los Estados de la Iglesia, los hombres son todavía hombres que se muestran como hombres, y á quienes se trata como á hijos de Jesucristo.

La cuestión italiana ha sido creada por la Revolución con las armas de que dispone, y que son irresistibles: la expansión de las malas doctrinas. Como en Francia, como en todas partes, ha empezado por seducir el orgullo y la ingratitud de las clases ricas, ha halagado la vanidad ignorante y envidiosa de las clases medias. En ninguna parte ha tardado más en penetrar en el pueblo, y cuando ha penetrado le ha contaminado menos, que en los Estados Pontificios. A pesar de la insignificante defensa que podía oponerle el poder público, no han bastado allí las conspiraciones ordinarias, y ha sido preciso que toda la diplomacia europea se ocupara de ello por largos años. Nada era más fácil que conservar, no digo el orden material, sino la paz, en los Estados del Papa, á poco que se le ayudase, y ni aun fuerza material se necesitaba para ello: bastaba el apoyo moral, pero franco, de la Europa.

No solo ha faltado un apoyo moral, sino que la Europa viene haciendo lo contrario há largo tiempo. No obstante, cuando la Revolución triunfa en todas partes, vemos que algo la detiene delante de Roma: vacila para dar el último golpe. Las opiniones están divididas: quiere, y no quiere; el furor de la destrucción la empuja, el instinto de conservación la contiene. Hay en la Revolución un partido prudente, ó, si se

quiere, tímido, que no se cree con fuerzas para cometer tamaña injusticia, tamaño crimen contra el género humano, y que teme sus consecuencias, aun para la misma Revolucion. Parece que ya mas de un centurion se está diciendo : ¿Será verdaderamente el Hijo de Dios?

No voy á hacer la historia de la Revolucion en los Estados-Pontificios, historia que remonta muy lejos, y en la que se encuentra mucha audacia, mucha astucia, y grandes abusos de la hipocresía y de la fuerza. El *católico sincero*, pero independiente, no es una invencion de nuestra época. Para arruinar el poder pontificio, eterno antagonista de aquellos que hacen *morir las almas*, todos los enemigos políticos y religiosos han alegado los intereses de la Religion, han fingido venerar al Pontífice. Todos han dado el testimonio de la adhesion de los pueblos á la doctrina y al soberano de los que al mismo tiempo se pretendia libertarles. Aun hoy es preciso emplear esta astucia aun en las provincias mas inficionadas por el espíritu revolucionario. Se sabe, por otra parte, que no se ha descuidado emplear la violencia; se la ve hoy en ejercicio.

La violencia es la que pretende que los Estados de la Iglesia son del dominio de la Italia, y la que pide á Roma. Y al pedir á Roma la Italia revolucionaria, reclama mas de una cabeza: quiere decapitar á la antigua humanidad cristiana.

Sin que oponga á la Italia revolucionaria los argumentos que convendria y que tiene á su disposicion, la Francia manifiesta, sin embargo, por sus vacilaciones, que la supresion del dominio temporal implica la supresion próxima del Pontificado, y que acaso el mantenimiento del Pontificado es el interés superior del género humano.

Y ¿cómo mantener el Pontificado de otro modo que como él quiere ser mantenido? Si se le violenta hasta el punto de trasportarle de un lugar á otro, y de despreciar abiertamente á la faz de los pueblos sus derechos, sus protestas, sus anatemas, ¿qué fuerza moral se le deja? ¿Cómo! Se pretende adorar á Dios en él; se le quiere dejar un resto de vida, porque representa á Dios, y es así como se le trata, y á Dios con él? ¿Y no se cree que los pueblos, al ver esto, pregunten : qué Dios es ese?

La conciencia, con el sentido comun, dice que el Papa solo está en su puesto en Roma, pero libre, y no cautivo. Roma, con un jardin, no se diferencia en nada de Savone y de Fontainebleau. Le es necesario al Pontificado un espacio natural, cualquiera que sea la forma que re-

ciba la Italia; y no es un exceso ese pequeño reino, creado y consagrado por el tiempo, que existia hace un año.

¿Serán sacrificados los italianos por eso? Los italianos que se juzgan sacrificados á menos de tener á Roma por capital; ó son ambiciosos que merecen odio, ó salvajes sectarios que piensan mucho menos en *hacer* la Italia que en deshacer el catolicismo. Ese pequeño territorio separado de la Italia en provecho del género humano para conservar la llave y ser el guía de las conciencias cristianas, no es indispensable á la Italia bajo ningun punto de vista. Esos italianos que no quieren dejar un lugar al Padre comun de las naciones, separan á Niza y á Saboya, y no reivindicán ni Malta ni Córcega.

Los únicos italianos que en ese caso podian pretender hallarse sacrificados, serian los súbditos de los Estados de la Iglesia. Tres millones de hombres condenados á vivir en perpetua paz con los otros pueblos, á no pagar sino limitados impuestos, á soportar el gobierno de un príncipe electivo, naturalmente bondadoso, que debe, con peligro de su vida, conservar la nacionalidad, la familia, la propiedad, la Religión.

Añadamos á este cúmulo de desgracias, la de no poder fundar ninguna dinastía (porque pueden, por lo demas, aspirar á todos los demas destinos, aun al trono): hé ahí la inevitable infelicidad de los súbditos de la Iglesia.

¿Se dirá que los romanos deben quejarse por no tener una parte de eso que se llama libertad de pensar, que es el derecho de poner en tela de juicio públicamente las verdades necesarias para la salvacion de las sociedades, y por hallarse privados de esas probabilidades de aventuras y de fortuna que ofrecen los grandes imperios? Es fácil darles eso, y mas ampliamente que á los demas pueblos, sin arrojar para ello del mundo ni al Papa ni á Dios.

Como, de hecho, todo católico es ciudadano de Roma, nada prohibe conceder á todo súbdito romano el beneficio de la reciprocidad, y declararle súbdito de todo Estado católico; de tal suerte que, sin perder su nacionalidad romana, pueda en adelante seguir la carrera que le plazca en Francia; Bélgica, Italia, España, etc.

Que la Francia tome la iniciativa de esto. Que abra los empleos de la Iglesia, de la magistratura, del ejército á todo súbdito del Papa que sin mas carta de naturalizacion que su fe de bautismo, tome los grados y llene todas las condiciones impuestas á los regnícolas. Lo que haga la Francia, se hará luego en todas partes; y así los lectores del *Siècle*

no tendrán ningun motivo para compadecer á esos pobres romanos, «ahogados por el yugo embrutecedor de los Cardenales.»

De ese modo, por un lado, el Papa seria Rey; por otro, muchas reformas, inútil y temerariamente ensayadas hoy, llegarían á ser muy luego practicables. Pronto el pueblo recibiría todas las ventajas que dan la paz y la seguridad; pronto el gobierno se hallaría en posicion de restaurar, mas liberalmente que nunca, ese antiguo régimen municipal que constituía los Estados de la Iglesia en una verdadera confederacion de pequeñas repúblicas. Llevados por el amor á la tierra natal, la mayor parte de los romanos que hubiesen ido á buscar fortuna al extranjero, sin abjurar de su patria, llevarían á ella grandes elementos que faltan hoy para asegurar el orden en la inevitable movilidad de un régimen casi todo él republicano. Instruidos, tranquilos, rodeados de consideracion, bastante ricos, esos hombres serian los guardianes naturales de una libertad que no se soñaría por otra parte en atacar, y cuyos excesos podría corregir su experiencia.

Se podría, con no menos facilidad, abrir á los súbditos pontificios otra esfera de actividad, completamente nacional. Se debería dar al Papa una colonia en el extremo Oriente, ayudándole á crear una marina á la cual se concedieran todos los privilegios posibles, marina que fuera apostólica. No necesito hacer entrever todas las ventajas que la influencia natural de las misiones puede dar á la gran nacion católica muy en breve. La colonia pontificia llegaría á ser un centro de establecimientos religiosos y científicos indispensables para la civilizacion regular de esos paises populosos que ya no se pueden llamar paises lejanos. Me atrevo á decir que la colonia pontificia no seria menos útil para la seguridad de la Europa. Si la China no llega á ser en gran parte católica, llegará á ser rusa, y la Rusia, con el peso que esa conquista le dé, anonadará á la Europa. Dios no necesita sino una hoja de yerba para contener las inundaciones; y en todas partes se ve á la industria humana construir inmensos diques para luchar contra el mar y los rios.

No insisto sobre las consecuencias variadas de la idea que aventuro. Cuanto mas generosa y amplia fuera su aplicacion, mas pronto y benéficos serian sus resultados. Al llamar á sí á todas las naciones católicas para que protejan á la Iglesia como ella quiere y debe ser protegida, la Francia conservará la belleza de su papel histórico. Sin perjuicio de nadie, conserva la primacia que la pertenece; resuelve noblemente una dificultad formidable; funda, por segunda vez, en provecho

del mundo engrandecido, la seguridad temporal del principado apostólico.

Así me parece posible conciliar lo que se ha dado en llamar el *interés italiano*, con el interés del sostenimiento del Pontificado, interés superior, interés universal, y por esto mismo interés infinitamente mas italiano que el interés revolucionario, al cual ha estado hasta ahora postergado de un modo manifiesto. Así tambien me parece conciliar lo que se llama un doble deber del Emperador, como soberano salido del sufragio universal, y como hijo primogénito de la Iglesia: deber imaginario y de pura convencion en el primer caso; deber esencial y evidentísimo en el segundo. Se comprende muy bien que el hijo de la Iglesia deba asistencia al Jefe de la Iglesia, y mas aun á su ministerio que á su persona: no se comprenderá nunca que el sufragio universal pueda tener derechos hasta sobre la conciencia religiosa de los soberanos, y pueda obligar á S. M. C. á dejar al Piamonte que suprima el dominio temporal del Vicario de Jesucristo. Jamás en Francia, ni antes ni despues del Imperio, se ha tratado de nada de eso. Si el sufragio universal de los piamonteses pudiera imponer tal resolucion á la Francia y á todas las naciones católicas; si pudieran ser despojados á la vez del Papa y de Roma con el Papa, ¿qué llegaria á ser de la conciencia del mundo entero, y qué seria el sufragio universal mismo?

No se trata aquí, todo el mundo lo sabe, del sufragio universal, sino del Piamonte; y se dirá: ¿Qué seria, haciendo eso, del Piamonte? ¿Qué de la Italia?

Si el Piamonte debe dominar, si es preciso pasar por su voluntad y dejarle que constituya la Italia como quiere constituirla, nada tengo que replicar, sino que es difícil creer en la duracion del Piamonte, y mas aun en la duracion de la unidad de Italia.

Antes de que el Piamonte acabe de amasar esa pasta sangrienta de la Italia, antes que tanta sangre y tantos rencores hayan podido evaporarse y apagarse en ella, y que el olvido calme tan amargos dolores, si es que pueden calmarse nunca, será necesario mas que un largo reinado. Ese largo reinado nadie puede esperarlo; nadie tampoco puede esperar largas prosperidades. Y en tanto que la Italia en disolucion, ó, si se quiere, en fusion, entregada á la guerra civil, no teniendo fuerzas dentro de ella sino contra ella misma, aparezca á los ojos de los estranjeros como una presa fácil de coger, no se necesitarán muchos años para que alguna nacion de Europa vuelva en sí, y se aperciba de que la Italia, una vez reunida y disciplinada bajo la mano



de un jefe atrevido, llegaría á ser una potencia temible. Por el Tirol y el Adriático amenazaría á la Alemania; por los Alpes amenazaría á la Francia; por el Mediterráneo amenazaría á la Inglaterra. De esos tres vecinos de la Italia unitaria, habría uno, por lo menos, que no quisiera dejarla engrandecerse. La Italia sin el Papa sería muy poca cosa; no tendría ya su *palladium*, su territorio neutral y sagrado, é inspiraría pocas simpatías al mundo, conmovido por los excesos de su vergonzosa política. Algunos competidores llegarían á disputarse su posesión pisoteando su territorio, y ella... ella serviría al vencedor.

#### IV.

### La verdadera cuestion.

La diplomacia, que no es ó no quiere declararse francamente revolucionaria, se siente burlada y embarazada delante del Papa; tanto mas turbada, cuanto que ignora en parte las causas de su turbacion y de sus embarazos. Se alaba de hallarse muy por encima de las preocupaciones del pueblo, y no ve nada en el Papa que le distinga de otro cualquier soberano, sino que es materialmente el mas débil de los soberanos. Napoleon I se proponía dar al Papa, al tratar con él, el grado de consideracion á que puede dar derecho un ejército de 200,000 hombres. Pero ¿qué son hoy 200,000 hombres? Y, por otra parte, la diplomacia ve bien que el Papa no tiene esos hombres. De la existencia manifiesta de la debilidad material, la diplomacia infiere naturalmente la necesidad y aun la obligacion de la debilidad moral, única virtud que consiente en ese caso la sabiduría política. La diplomacia marcha hácia adelante, inquietándose muy poco de las angustias y de las reprobaciones que escita: tiene la fuerza. ¿Qué podrá contra la fuerza ese soberano que no lleva espada, ese sacerdote que ni siquiera tiene espada, y cuya corona no es ya mas que una curiosidad arqueológica? Si el diplomático recuerda su primera comunión, como la recordó el general que fue á prender á Pio VII, el diplomático hace lo que el ge-

neral, y piensa que de lo que se trata es de forzar al Papa, y no de recordar la primera comunión.

Pero hé aquí que, en vez de la debilidad con que se contaba, se tropieza con una fuerza moral invencible. La diplomacia no solo queda desconcertada, sino que se encuentra verdaderamente indignada. ¿De dónde nace esa fuerza, esa resistencia insensata? La atribuye á pequeñez de espíritu, y se queja de ello en un tono que nada contiene; escribe públicamente que la Santa Sede no tiene la *inteligencia de su situación*; que debe, si no quiere perder todo apoyo, bajar de las *regiones místicas* al terreno de los intereses materiales, *únicos* que están comprometidos en el debate.

Una proposición que implica por necesidad un cambio en la base moral del mundo, y que próximamente debe reducir al catolicismo al estado de secta sin existencia oficial; tal proposición se traduce en los términos ya dichos, y se presenta al Padre Santo. ¡Y qué amarga irrisión viene á unirse al terror del pensamiento, cuando la diplomacia, que así se espresa, llega á acusar de ingratitud á la razón desarmada, á la que quiere imponer su ceguera!

Encargado de hacer admirar á esa diplomacia que consterna los sentimientos católicos y ofende al sentido común, M. de La Guéronnière ni siquiera consigue admirarla él mismo. Parece que no comprende nada de los desaires que ha soportado esa diplomacia, y los embarazos que á todo momento obligan al escritor á falsear su apología, no le ilustran nada. Deseoso de hablar como *católico sincero*, obligado á razonar como católico *independiente*, en vano teje: la trama que forma no se sostiene, y provoca en todas partes estas dos palabras terribles con que se juzga el folleto: *hipocresía y contradicción*. Cree acaso que es un golpe de habilidad no haber concluido después de tales premisas; es ese un efecto de la necesidad. No hay conclusión en el folleto, porque no hay conclusión en la que puedan encontrarse de acuerdo el *católico sincero* y el *católico independiente*. Para la conclusión, es necesario de toda necesidad que la máscara caiga, que el *sincero* espulse al *independiente*, ó que el *independiente* haga ver que el *sincero* no es sincero.

El Papa concluye porque es sincero; el Piamonte concluye porque es independiente; M. de La Guéronnière, sincero y á la vez independiente, no puede concluir; y lo que le sucede á M. de La Guéronnière le sucede también á la diplomacia.

La diplomacia y M. de La Guéronnière parecen creer que el Papa

está en la tierra para tratar con un representante de la Francia en el siglo xix sobre una lucha local entre el Rey de Roma y las supuestas voluntades de la Italia; lucha cuyas consecuencias naturales solas, y no el principio comprendido en ella, pueden interesar al Papa, á la Francia y al mundo entero. Pero las angustias del mundo y la misma perplejidad del negociador, cosas visibles todas, á despecho de las precauciones diplomáticas, proclaman que se trata de otra cosa, de una cosa aun mas grave que la suerte de una nacion.

El Papa es depositario de todo lo que la humanidad desea, honra y cree hace sesenta siglos. El mundo cristiano siente esto, y lo afirma; el mundo revolucionario lo siente, y lo niega. El mundo cristiano quiere mantener al Papa en Roma, porque Dios le ha colocado allí para que se halle á la cabeza de la humanidad; el mundo revolucionario quiere arrancar al Papa de Roma, porque la Revolucion, que es satánica, y, por lo tanto, enemiga de la humanidad, quiere decapitar á la humanidad. La Revolucion quiere reconquistar á Roma sobre Jesucristo y Pedro, como Jesucristo y Pedro la cogieron, diez y ocho siglos há, sobre Satanás y Neron. Tal es la cuestion romana: M. de La Guéronnière ni siquiera parece sospechar esto; M. de Cavour tiene acaso alguna idea de ello; Mazzini lo sabe perfectamente.

Antes de desarrollar esta idea, de presentar la verdadera cuestion que M. de La Guéronnière ha creído tratar, debo hacer, en su honor, una rápida reflexion sobre la *intencion* fundamental (no digo sobre la idea) de su escrito.

Como hombre de Estado, muy seguro de su mirada, parte de este hecho ya innegable: el tiempo de las guerras de religion ha pasado...; atendiendo, probablemente, á que ya no hay cismas ni herejías, y á que Dios, poniéndose á la altura de la sana filosofía, se ha hecho eclético. Despues de señalar este progreso consolador, M. de La Guéronnière pasa á mostrarnos otro cuadro no menos halagüeño. Nos muestra á la Iglesia tranquila y poderosa «en medio de las sectas disidentes (no digais ya herejías), libremente ejercidas.» Nos muestra á la Francia dando al Papa mas almas que súbditos podrá perder: ¡delicada insinuacion! Hace ver á los católicos que no deben alarmarse por la situacion presente, puesto que no se trata de atacar de modo alguno la supremacia espiritual del Papa, sino, lejos de eso, de quitarle simplemente un pedazo de tierra, al que aflige verle tan escandalosamente apegado, y que su piedad mas ilustrada debia sacrificar á la dicha de la Italia y á la paz del universo.

¿De quién es la falta, se pregunta en seguida nuestro brillante autor, si el Papa se encuentra hoy aislado, separado del movimiento italiano, cuyo jefe natural debería de ser? Guardémonos de responder que, no habiendo abolido todavía la Iglesia el sétimo mandamiento, el Papa no podría asociarse á la Italia, que no hace mas que intentar una tras de otra empresas contra el bien ajeno. El mundo ha llegado á ser muy formal, y el sétimo mandamiento no puede servir de razon. Si el Papa se halla aislado, cautivo en su capital, es por causa de los abusos de su gobierno. El gobierno pontificio es una mancha muy chocante en medio de las relucientes perfecciones de los demas gobiernos de Europa. Seguramente el Papa no es culpable; pero lo son los que le rodean. ¡Qué cortejo para un Papa, cuando los otros soberanos se hallan tan bien rodeados! Y así M. de La Guéronnière forma el cuadro de Pio IX, víctima y juguete de un puñado de intrigantes llenos de odio contra la Francia, y todos austriacos: las luces del siglo consienten que se le presenten tales concepciones. En ese pintoresco cuadro de la incapacidad absoluta del Papa, el pincel piadoso de M. de La Guéronnière se ha esmerado en representar las presentaciones de los voluntarios, que califica de «escenas ridículas,» de «imitaciones pueriles de Gregorio VII.» Despues de lo cual, volviendo á tomar la «brújula de la moderacion,» exhorta á los católicos á que no se dejen arrastrar por ese delirio de un Pontífice muy venerable y muy bueno; pero que, por su desgracia y la nuestra, solo busca y solo admite los consejos mas detestables.

Al esponer así los hechos, M. de La Guéronnière deberia de preguntarse por qué continúa haciendo protestas de su respeto y fidelidad hácia la Santa Sede. ¿Cree sinceramente que el Papa es el representante de Dios en la tierra? No, porque creeria al mismo tiempo que Dios, no pudiendo ignorar por completo la ciencia política, deberia comunicar algo de ella á quien le representa, lo bastante al menos para que no mereciera completamente el desprecio. ¿Lo hace por no chocar con los católicos sinceros sin independencia? No. M. de La Guéronnière ha tomado el pulso á los católicos. Ha visto su indiferencia, ó por lo menos su apatía por la defensa del poder temporal; señala con alegría el corto número y la pronta derrota de los jóvenes locos que fueron á perecer en Castelfidardo, creyéndose cruzados, como si el tiempo de las cruzadas y de las «guerras de religion» no hubiera concluido, y se necesitase mas que una emboscada para desembarazarse de los cruzados y de las cruzadas. Y, sin embargo, aun en esos

momentos de desprecio sublime que le inspira el triunfo del espíritu filosófico en Castelfidardo, M. de La Guéronnière no pierde la costumbre de respetar al Papa. Se apresura á añadir que la voz del Papa, elevándose en la cátedra de San Pedro para defender una verdad divina, removería al mundo. Entonces, sin duda, sería capaz M. de La Guéronnière de levantarse él mismo capaz de escribir un folleto en provecho de la verdad.

No se cree que el Papa representa á la Divinidad, se desprecia á los fanáticos que conservan ese error, se hace bastante poco caso del clero para cumplimentarle sobre el sentimiento *ilustrado* que le haría insensible á los gemidos del Vicario de Jesucristo; se desprecia, en fin, al Papa que, solo en el mundo, no sabe ver lo que pide la salvación de la Iglesia; y para decir todas estas cosas, se ponen los que las dicen de rodillas. Y en vez de declarar que el Pontificado, tal cual diez y ocho siglos le han constituido, es una impostura de diez y ocho siglos, á la que debe tratarse como lo que es, se pretende hallarse exclusivamente ocupado en buscar los medios de sostenerla y darla esplendor.

La clave de estas hipocresías, de estas contradicciones, de estos misterios de la conciencia, héla aquí. A pesar de todo, detrás de los católicos desfallecidos, detrás del clero sin fuerza, detrás del Papa sin defensa, en esa oscuridad profunda en la que se han comprometido los poderes sin sondear bien sus abismos, se teme tropezar con la mano de Dios vivo.

Y nosotros que temblamos también, y que debemos temblar, nosotros no sabemos si jamás, desde el Calvario, ha aparecido más evidente el carácter divino del Pontificado. De un extremo al otro de la tierra, la mayor parte de aquellos que tienen hoy el poder solo dejan oír este grito: *Crucifige. ¡Abajo el Papa!* Se prodigan las irrisiones y los ultrajes, se da la mayor licencia á odiosos insultadores; pero se retiene aun á la mano salvaje que se ofrece á dar el último golpe.

¿Lo dará en fin? ¿Se le dejará darlo? El delirio del mal ha llegado hasta un punto muy alto, y Dios guarda un silencio bastante terrible para que el mundo lo tenga todo que temer, excepto, sin embargo, esa cosa que la locura humana desea más que todo: la desaparición de la Iglesia de Jesucristo. *Non prævalebunt*, ha dicho de tales empresas el que puede plegar la tierra como un manto. Los cielos desaparecerán: esta palabra es eterna.

La cuestión italiana no es la cuestión de la independencia política

de un país. Si el Papa no se hallara allí, pueblos, sectas y gobiernos se mostrarían igualmente conmovidos por ver á una Italia austriaca que lo que se muestran por las desgracias algo mas positivas de la Irlanda y de la Polonia. La cuestion italiana pone en conmocion á la tierra, porque es el último acto de la sublevacion del protestantismo contra la Iglesia de Dios.

La palabra *libertad de los pueblos* encubre la sublevacion contra la verdad divina, como esa otra palabra, *libertad de conciencia*, la encubria en tiempo de Lutero. Y cuando digo el protestantismo, no entiendo la forma religiosa que ha tomado ese nombre tan extraño. El protestantismo como religion no era sino la primera careta del monstruo, y necesitaba ese disfraz, porque los pueblos no querian aun pasarse sin Dios, ni volver á tomar al dios de carne y hueso de los paganos: el dios César. Pero los pueblos desde entonces han progresado mucho. El protestantismo lo ha comprendido, y ha progresado tambien; de la libertad de las conciencias ha pasado á la libertad de los pueblos, al sufragio universal declarado señor absoluto de las instituciones y de las almas, y por ese medio espera, en fin, herir de muerte á la obra inmortal de Jesucristo. Su ataque de hoy nos ofrece el mismo triple carácter que tenia el siglo xvi; carácter social, carácter político, carácter religioso.

Lutero ataca el estado social en su raiz, conmoviendo la firmeza del matrimonio, *base* de la sociedad cristiana; ataca el estado político en su raiz, conculcando los poderes y aboliendo la gerarquía, *desarrollo* de la sociedad cristiana; ataca el estado religioso en su raiz, por la abolicion del culto exterior, expresion necesaria del culto interior, *coronamiento* de la sociedad cristiana. Ese triple ataque se hace en nombre de la libertad; para la libertad de la carne, el divorcio; para la libertad del alma, el pontificado de los príncipes; para la libertad del espíritu humano, en nombre de la dignidad de Dios, la abdicacion de todo culto exterior.

La Revolucion nos presenta el desarrollo regular y lógico de esas tres libertades protestantes. La Revolucion, todo el mundo lo ve, lleva tras sí el socialismo, y el socialismo, todo el mundo lo sabe, proclama, en nombre de la libertad de la carne, la abolicion total del matrimonio, la ruina absoluta de la familia, última y lógica consecuencia del divorcio.

Así como Lutero habia proclamado pontífices á los Reyes en nombre de la libertad de su conciencia, así la Revolucion proclama á los

pueblos Reyes en nombre de la libertad política. Por un lado, se proclama el derecho á la eleccion de una forma de religion; por el otro, el derecho del individuo á la eleccion de una forma de gobierno. Y apenas salen de las teorías los dos derechos, han llegado á ser realidades exactamente del mismo género. Allí donde aun existe el protestantismo puro, el protestantismo que no ha protestado contra sí mismo, la legislacion castiga con el destierro, y ha castigado con la muerte á todo individuo cogido en el ejercicio del derecho sagrado de exigir su forma de religion: la Revolucion, en todas partes en que puede trabajar en libertad, castiga con el destierro y con la muerte á todo individuo que quiere ejercer el derecho de elegirse una forma de gobierno. Pero la Revolucion se cuida poco de la justicia, de la lógica, de la razon, de los dogmas que ella misma crea. La gusta triturar bajo sus pies al hombre, y todo poder moral é intelectual en el hombre; y todo le parece bueno contra el hombre, como conduzca á separarle de la verdad.

Los pueblos-reyes son la consecuencia rigurosa, inevitable, del principio que habia creado á los Reyes Papas; es decir, del principio que quiere que la autoridad se ejerza de abajo arriba; es decir, del principio que quiere, dividiéndolas, matar de un mismo golpe la autoridad y la libertad, que para subsistir necesitan indispensablemente hallarse unidas.

En fin, la Revolucion proclama en nombre de la libertad del espíritu humano, en nombre de la dignidad de Dios, la abdicacion del Papa-Rey, ó, en otros términos, la abolicion absoluta, y sin vuelta de su culto exterior, imagen y expresion del culto interior. Y aquí la identidad del principio de Lutero y del principio de la Revolucion se manifiesta hasta en los términos. Lutero juraba á los pueblos que no queria atacar la fe: al contrario, solo en interés de la fe queria separarla de esas formas exteriores que solo sirven para oscurecerla. ¿Para qué ese culto, esas ceremonias, esas riquezas en los templos? Dios no necesita esas cosas que perjudican á la pureza de la fe. El verdadero cristiano teme apegarse á la forma exterior, quiere adorar en espíritu y en verdad. Y ha sucedido con la adoracion en espíritu y en verdad como con el derecho de exigir una forma de religion, como con el derecho de elegir una forma de gobierno. El espíritu de secta ha multiplicado sin fin las mentiras; ha hecho pulular doctores para inventar y acreditar toda clase de locuras: no creará nunca una Hermana de la Caridad; creará todas las locuras, pero no la locura heroica, la locura del amor, la locura de la Cruz.

En frente del poder temporal del Papa, la Revolucion repite palabra por palabra los juramentos de Lutero en frente del culto exterior. Lejos de querer atacar el poder espiritual del Papa, su único deseo dice que es afirmarlo, y por eso aspira á separarle de las trabas del mundo. Los cuidados del Rey perjudican mucho á las obligaciones del Pontífice: aliviemos al Papa del peso de la monarquía: que no tenga ya que ocuparse sino de las necesidades de las almas.

Una parte del mundo ha caído en el lazo de Lutero: ¿caerá el mundo entero en el lazo de la Revolucion? ¿Adoptará el mundo entero el supremo absurdo de creer que la idea no se desarrolla soberanamente sino prohibiéndola toda expansion? No lo sé: sé solo que el día en que obtuviera del Pontificado su RENUNCIA del poder temporal, ese día el catolicismo seria protestante, y produciria los frutos del protestantismo. La Revolucion no lo ignora: de aquí proceden, acaso, sus vacilaciones para dar el último golpe, sus instancias y sus astucias para obtener esa RENUNCIA que le daria lo que en vano han pedido sus antecesores á la muerte. En los diez y ocho siglos que la Revolucion trabaja por acabar con la Iglesia, ha podido aprender que el Pontificado no perece en los suplicios: desea hacerle apostatar.

Aquellos que, de *buena fe*, piden al Papa abjure su poder temporal, no solo no saben lo que es la Religion católica, sino que no saben siquiera lo que es una religion.

Una religion, sea la que sea, no abraza una parte del hombre: abraza al hombre entero, abraza á la sociedad entera. Las costumbres, la legislacion, la vida social y la vida política de todas las naciones, en todas las épocas, no han sido mas que el fiel espejo de su vida religiosa. Y hé aquí la cuestion en los términos mas claros: El catolicismo, ¿es, sí ó no, la verdad religiosa? Si no es la verdad religiosa, nada impide se concluya con él. Que Cialdini marche sobre Roma con el cañon y la cuchilla que han regenerado á Gaeta. Pero, en ese caso, decidnos: ¿Dónde está la verdad religiosa? ¿Dónde se hallará un sistema capaz de contener y arreglar las fuerzas que desbordan en la especie humana? Se puede dudar que baste para esto un folleto, aun cuando sea anónimo.

Pero si el catolicismo es la verdad religiosa, es por eso mismo la verdad social y política, y en ese caso no hay salvacion fuera de él ni para las almas ni para las sociedades; y la caída del catolicismo implicaria igual y necesariamente la pérdida de las almas y la pérdida de las sociedades.



Pues bien; el Papa sabe que el catolicismo es la verdad religiosa, la verdad social, la verdad política, y sabe tambien que la RENUNCIA (no su despojo, no su martirio) del poder temporal, seria para el catolicismo el golpe de muerte. Sabe que se ha matado infructuosamente á muchos Papas, ve que á él se le pide que mate al Pontificado. No lo hará. No legará á su sucesor el Pontificado menos grande, menos soberano que lo que San Pedro lo recibió y ejerció. San Pedro era Rey temporal, administrador soberano de los bienes de la Iglesia, magistrado supremo de los cristianos.

Si esa renuncia que se espera de Pio IX llegara á hacerse, *una vez por todas* firmada, consumada, pasada al rango de los principios, ¿de qué manera podria ya el catolicismo manifestarse al mundo en su conjunto religioso, social y político? Sin hablar de la *Italia* y de la piedad filial de su *Rey* hácia la Iglesia, el Pontificado no hallaria en ese momento sobre la superficie del globo un palmo de terreno en que la Religion católica fuera plenamente libre, y tuviera la seguridad de no ser esclavizada mañana.

¡Y se elige ese momento para pedir al Pontificado el sacrificio de la soberanía temporal! En presencia de lo que pasa en Nápoles y en los mismos Estados de la Iglesia; cuando se burlan de los bienes, de la vida, del alma de los pueblos; cuando se la arroja y quiere ahogársela en fuego sangriento, ¿se pide al Rey-Pontífice abandone á sus súbditos, al Pontífice-Padre que entregue á sus hijos, que los venda cuerpo y alma por rentas, que les borre del libro de la vida, para hacerse inscribir él en el Libro de la Deuda!

Si la diplomacia y sus apologistas se hubieran tomado el trabajo de reflexionar sobre estas realidades de la situacion, creo que les hubiera temblado mas la mano, al menos al ir á burlarse de las víctimas.

Hace ochenta años, en el tiempo en que la antigua monarquía iba á concluir, y á concluir mal, la diplomacia de las naciones católicas persiguió tambien al Papa. Tres embajadores de la Casa de Borbon exigian al Papa Clemente XIII una cosa que no queria conceder, una cosa pequeña en comparacion de las exigencias actuales. Y el ministro Choiseul escribia á su agente en Roma: *A esa cabeza de hierro, oponed una verga de hierro*. Pero no habia ni burlas ni injurias públicas; no se convocaba á la multitud para que fuera á gozar con las humillaciones del padre de la familia cristiana, no se la escitaba á que se riera de su dolor.

Antes de acabar con los planes del espíritu revolucionario, y para

aclararlos por un compendio de su genealogía, haré observar que ese espíritu que ya en los cielos había dicho: *Non serviam*, nació en la tierra el día en que Adán fue desobediente hacia su Criador. El orgullo inspiró ese primer pecado, que fue la *sublevación*, el atentado contra la autoridad. Pronto le siguió un atentado contra la libertad, cometido por la sensualidad y el egoísmo del corazón. El autor de ese nuevo atentado se llamaba Cain. El acto de Cain es el pensamiento del Protestantismo y de la Revolución: negativa de rendir á Dios un culto exterior, imagen perfecta del culto interior. Cain, como Lutero, como la Revolución, encontró que Dios *no necesitaba* de ese culto abundante y perfecto, y que el hombre podía tomar la mejor parte de él por sí; y este era un atentado contra la libertad, porque el hombre solo es libre triunfando de los sentidos. Al día siguiente, el homicidio ensangrentó la tierra. Ni el Protestantismo ni la Revolución han degenerado de Cain.

El pecado contra la autoridad, clama: *¡Abajo los Reyes!* El pecado contra la libertad, clama: *¡Abajo los sacerdotes!* Y esos dos gritos, repetidos bajo mil formas, acompañan infaliblemente cada uno de los crímenes del género humano. En este momento los dos gritos se combinan para no formar sino uno solo: *¡Muerte al Sacerdote-Rey!*

Y este es el grito supremo del crimen supremo.

---

V.

### **El mundo sin el Papa.**

Y si el crimen se realizara, si el Papa fuera arrojado del mundo, ¿qué pasaria en el mundo?

Para saberlo basta contemplar el mundo en la época floreciente en la que en el mundo no habia Papa: el mundo antes del Papa era el paganismo, y el mundo sin el Papa seria el paganismo.

En cuatro mil años de vida, el paganismo habia creado el poder y la civilizacion de Roma, y el poder y la civilizacion de Roma se llamaban Neron al cabo de esos cuatro mil años. Ese poder y esa civilizacion iban á perecer, entraban en una agonía de tres siglos, durante los cuales la humanidad debia pasar por una recapitulacion y una concentracion de todas las miserias que la habian precedentemente devorado. Roma, el último señor de la tierra antes de Jesucristo, fue de todos los señores el mas cruel y el mas sabio: iba á ser tambien el mas infamante. Pero ya se levantaba una estrella que derramaba sobre la frente del hombre rayos de gloria hasta entonces desconocidos; porque ni la misma inocencia primitiva apareció con la triple y radiante belleza de la redencion, del arrepentimiento y del amor.

Roma, que tantas máximas de fortaleza y que tan grandes virtudes naturales habia reunido por largo tiempo; Roma, sobria, patriarcal, piadosa; esa Roma, á la que Dios, dice Bossuet, habia recompensado dándola el mundo, ya no existia. Uno de sus escritores ha dicho que habia adquirido todos los vicios de los pueblos conquistados, y que así se vengaron de ella los vencidos. Y ¿de dónde vinieron esos vicios á los pueblos vencidos? Como todas las cosas naturales, las virtudes naturales envejecen y se agotan, necesitando un principio sobrenatural de rejuvenecimiento. Roma no poseia ese principio, Dios no se le habia

dado aun á los hombres. Roma se habia divorciado de sus virtudes, de sus máximas y de sus dioses; pasó naturalmente de la república al imperio, y naturalmente tambien el imperio de Augusto llegó á ser el de Tiberio, el de Calígula, el de Claudio y el de Neron. Los profesores de retórica acostumbran á llorar sobre el recuerdo de la república. Apenas hay ciudadanos, entre aquellos que se asustan en Europa de las empresas de Garibaldi, que no hayan compuesto algunas frases en honor de la tribuna muda y del foro esclavizado. Pero una república que producía ciudadanos como Catilina y César, teniendo á un Ciceron entre ellos para guardar las leyes, debia trasformarse en imperio tan infaliblemente como los rudos frenos del poder se establecerán y estrecharán en todo pueblo en que pueda levantarse un Garibaldi.

La Providencia no hace obras incoherentes, y no permite tampoco á la humanidad que las haga. De los principios que ella ha sentado, y de las negociaciones que el hombre les opone, resultan inevitablemente las consecuencias que ella ha querido. El hombre se engaña con frecuencia en este punto; el amor con que mira á sus obras, limita aun mas el campo mezquino que abarca su mirada, y basta que esas obras se equilibren por algunos instantes con fatiga, para que llegue á creer en la eternidad de lo que ha construido sobre la contradiccion. Pero el principio que se figura comprimir desarrolla muy luego sus consecuencias, y esas consecuencias avanzan, se precipitan, sin que nada pueda contenerlas, ni por siempre, ni por largo tiempo. En el momento en que, por la mano aun invisible de la Iglesia, iba á cambiar la faz del mundo y á fundar un nuevo orden de cosas, la Providencia quiso probar que no existia para las sociedades humanas, ni libertad, ni dignidad, ni prosperidad verdaderas, fuera de las condiciones en que ella encierra esos bienes. Cuando Roma, hambrienta de libertad civil, se refugiaba por necesidad en el despotismo, Dios la hizo el presente mas raro que nunca, acaso, antes del advenimiento de Jesucristo, haya recibido ninguna civilizacion en peligro: la dió un señor dulce, que amaba su belleza, su genio, su gloria, y aun su libertad.

Sé lo que fue Octavio: valia lo que los otros romanos de su juventud, los últimos romanos de la república; no le pongo ni mas alto ni mas bajo de aquellos que le rodeaban y le habian formado, de aquellos á quienes proscribia, de aquellos que querian proscribirle. Pero no olvidó que Octavio era pagano, y que llegó á ser Augusto, es decir, un hombre que se corrigió y mejoró, que llegó á ser mas clemente, mas

pacífico, mas desinteresado con el ejercicio del poder absoluto. La historia misma de los pueblos cristianos ofrece pocos ejemplos semejantes. Con mejor título que Bruto, Ciceron y los demas asesinos de César, Augusto merece ser llamado el último de los romanos. Espíritu verdaderamente liberal, no hizo, como lo hacen la mayor parte de los nuevos señores, una guerra estúpida á los esplendores de lo pasado; no exigia que Roma datara de él y de su imperio; y, al contrario, honraba con sus favores al pompeyano Tito Livio, que escribia la historia de la República con colores tan brillantes y complacientes. Amante apasionado de Roma y de su gloria, ¿qué no soñó y no ensayó para volverlas sus virtudes? Roma le levantó altares, se plegó bajo su mano mas aun de lo que él queria que se plegara; pero no le dió la alegría de despreciar menos las virtudes que él la proponia, ni de verla menos apasionada de los vicios que la hacian perecer.

Sin sacudimientos, sin choques, casi sin alarmas, Roma pasó del dominio de Augusto al de Tiberio, quien, sin embargo, no le era desconocido; y Tiberio, refugiado en una isla de la que solo salió una vez, temblando él mismo de miedo, gobernó sin peligro á Roma temblorosa y al mundo sometido, legándoles mas envilecidos á Calígula, un loco, que los envileció aun mas, hasta el dia en que Claudio, un sabiondo, la recibió como por fuerza de una sedicion ante la cual habia huido: despues de Claudio, el envilecimiento de Roma y el imperio permitian ya que llegaran á ser la herencia de un Neron.

No vivimos en un siglo en que todo el mundo pueda despreciar á esos señores de Roma ni á los pueblos que les obedecian. En cuanto á la crueldad, la jornada en la que Tiberio hizo correr mas sangre bajo la cuchilla, no hubiera sido sino una de las jornadas regulares de la Convencion, y la Italia tiene hoy libertadores de los cuales Tiberio hubiera podido aprender algo sobre el arte de pacificar á los pueblos. El Rey Víctor Manuel, al permitir á sus generales que bombardeen ciudades mientras se negocia la capitulacion, promete a la Italia señores, respecto de los cuales acaso los Emperadores paganos parezcan escrupulosos. Calígula solo era de temer para sus amigos y para algunas cabezas que aun se conservaban un poco altas; obtuvo el beneplácito del ejército, como Neron mas tarde obtuvo el del pueblo. Claudio era un buen hombre, y no fue culpa suya si le hicieron dueño del mundo á la fuerza. Neron amaba la gloria del espíritu y los espectáculos raros, favorecia las artes, embellecia á Roma, detestaba á los cristianos, y se proponia abolir sus supersticiones libertando de ellas al imperio.

En fin , aun cuando despreciaba á la Divinidad , lo cual constituye el carácter comun de los tiranos,

*Contemptor Divum Mezentius,*

no queria pasar por impío.

Neron, ese infame, ese parricida , ese histrión , era un señor tal cual el paganismo podia crearlo. Ese soberano pontífice , dios él mismo como Augusto y todos los Emperadores, tenia templos, sacerdotes, sacrificios, y era el mas respetado de los dioses, aun de los dioses Emperadores.

Y la época que tales dioses veia, no era una época bárbara. Se gozaba, al contrario, en ella de la civilizacion mas perfecta en que el mundo se haya encontrado; civilizacion sabia, refinada, completa en cuanto á todos los goces del lujo y de las artes, dotada de una administracion tan diligente, que no habia medio ninguno de ocultarse á las miradas de la policia. El romano acusado de lesa majestad, preferia dejar la vida á salir del imperio. El Emperador hacia decir á un hombre, que le ofuscaba ó le disgustaba que se matase, y ese hombre se mataba despues de haber hecho testamento á favor del Emperador. ¿Qué cosa mejor puede conocerse en cuanto á seguridad pública? Es verdad que tambien se mataba la gente sin que el Emperador lo pidiera, y solo y simplemente por morir. Y, sin embargo, no faltaban diversiones. Bajo Neron, el arte culinario hizo grandes progresos, y llegó á ser posible gastar cuatro millones en un solo festin. Se tenia tambien el gusto de las curiosidades: se pagaban sesenta y ocho mil reales por dos vasos de un cristal nuevo, y dos millones por un solo vaso de mirra. Pacomio se habia comido la Siria, y cuando los criados le llevaban ebrio, sus convidados cantaban: « ¡ha vivido! » Los actores eran muy apreciados, y llegaban á ser gentes de consideracion: el trágico Esopo dejó una fortuna de veinte millones, despues de haber escandalizado al pueblo con sus prodigalidades. Estos rasgos, ¿no hacen ver que existia entonces una civilizacion brillante, como la que ahora se llama así?

La cultura intelectual y literaria se hallaba á gran altura. Las bellas letras, cuyo hábito y conocimiento hacen, segun se nos dice, mejor al hombre, ¿cuándo fueron mas conocidas que bajo esos primeros Césares, que eran los discipulos mas asiduos de ella? Augusto escribia noblemente en verso y prosa, habia compuesto tragedias, y aun tenia

el buen gusto de no recitarlas; Tiberio era purista y el primer gramático del imperio; Calígula componía comedias; Claudio era arqueólogo, erudito, literato, helenista consumado; Neron, artista universal: cantante, mímico, arquitecto, poeta, murió recitando un verso de Homero: *Humaniores litteræ!*

Pero, con todo esto, las consecuencias infalibles de la ignorancia y del desprecio á la verdad se desarrollaban, anonadando al individuo y á la sociedad. Roma murió de miedo y de fastidio. El suicidio la devoraba. Se mataba la gente por miedo de vivir. César era el mas temido de los dioses, y la muerte la mas invocada. *Totiùs invocata morte, ut nullum frequentius sit votum*, dice Plinio; y Lucano compadecía á los dioses porque no podían morir.

En cuanto á las costumbres, las matronas descendían al circo, y conducían á César las prostitutas que podían agradarle. En cuanto á la familia, Tertuliano decía á los magistrados: «¿Quién de vosotros ha dejado de dar muerte á alguno de sus hijos?»

Notadlo; esa civilización tan fuerte, tan ilustrada, tan corrompida, que tenía diversiones tan prodigiosas, y que se moría de tan prodigioso fastidio; esa civilización que había sufrido á un Calígula, que se había dado por señor á un Claudio, que soportaba á un Neron; esa civilización, que no desconocía su vergüenza, y que cuando tales jefes morían confesaba que podría llegar á echarlos de menos; esa civilización, que había imaginado llegar á todos los perfeccionamientos, á todas las ignominias; esa civilización gozaba de las tres libertades de Lutero. Libertad de la carne—¿quién la tuvo mayor? ¿dónde los lazos de familia fueron menos incómodos? Libertad de la conciencia: el Emperador era dios y era pontífice, era en realidad el solo pontífice y el solo dios, y era tan poco incómodo para la conciencia como pontífice que como dios. Libertad del espíritu: el romano que quería contentarse con adorar «en espíritu y en verdad,» no se hallaba incomodado por la obligación del culto exterior. Entre los centenares de divinidades que contaba Varron en el olimpo romano, el hombre tenía donde escoger, á quien amar y á quien despreciar.

Tal era Roma cuando el primer Papa llevó á ella á Jesucristo, es decir, la fe y la caridad. Tal era la descendencia de Augusto, Ciceron, Virgilio y Horacio. Largo tiempo hacia que la Grecia estaba muerta bajo el brillante pabellon de Homero. Ni Homero, ni Ciceron, ni Virgilio hicieron por Roma lo que no había podido hacer Augusto, su señor mas larga y dócilmente obedecido; no podían darla hombres de

corazon; y nunca en el espíritu de destruccion de la Humanidad que la Humanidad lleva dentro de sí misma, se vió tal poder. Si Jesucristo hubiera tardado algunos siglos, no solo las artes, no solo la civilizacion, sino hasta el hombre mismo, la materia humana, habria desaparecido. La guerra, la tiranía, el circo, el suicidio, la depravacion agotaban rápidamente el género humano. Jesucristo, por la mano de su Iglesia, ha salvado las almas y los cuerpos.

Todos los bienes detrás de los cuales corre hoy la envidia baja é insensata de la Europa, los tuvo la civilizacion pagana con mas amplitud de lo que la Europa puede soñarlo. La Europa copia vergonzosamente las leyes, las artes, la literatura del mundo romano, aspira á la unidad material, en la cual el mundo antiguo se encenagó, y por la cual ha perecido. La Iglesia habia hecho olvidar todo eso, ó lo habia purificado y puesto en orden. Vino el protestantismo: violó las tumbas de los mártires y de los Santos, y arrojó al viento sus cenizas victoriosas, á fin de encontrar así la pura materia pagana y de restituir al mundo el espíritu pagano puro. Y ahora, ansiando realizar la obra, ansiando resucitar la muerte, la Revolucion, hija del protestantismo, propone á la locura humana arranque el árbol de salvacion, plantado por Dios en la tierra para dar perpetuamente el fruto de rejuvenecimiento que solo impide que la sociedad se desmorone y el individuo perezca.

Si Dios permitiera que la humanidad presenciara esa abjuracion estúpidamente ingrata y sacrilega; si el Papa saliera de este mundo en el que entró bajo Neron, ese dia el mal absoluto volveria á recoger la conducta y la historia del mundo, en el punto en que las dejó bajo Neron. Volveria á rehacer un señor del mundo, dios del mundo; le daria templos y un sacerdocio, como los que dió á Neron; y el género humano, nivelado en regla, anegado en sangre y en fango al pie de esos altares infames, se quejaria de perecer con demasiada lentitud.

La consecuencia infalible y rápida de la destruccion de la soberanía pontificia seria la restauracion del sacerdocio, ó, mas bien, de la divinidad imperial; y ese sacerdocio y esa divinidad querrian ser universales, como la misma grandeza suprema que la locura humana quiere derribar y se esfuerza en abolir para siempre, desterrándola al último rincon de la tierra, estirpándola de su último refugio en las conciencias.

Ese pequeño espacio del dominio temporal del Vicario de Jesucristo, consagrado á representar humildemente sobre la tierra la soberanía del Jefe del cuerpo de la Iglesia, príncipe de los Reyes y redentor de



la humanidad, no es únicamente el trono del Maestro, es tambien la cadena del mal absoluto, su enemigo. Allí, el Príncipe de los Apóstoles tiene cautivo á ese gigante, al terrible enemigo del hombre y de su libertad, al espíritu que aconseja al hombre hacerse Dios, y que puede plegar al hombre ante ese ídolo.

Un Papa, relegado en algun palacio de una ciudad de Italia, ó de otra parte, súbdito de un príncipe que hoy será Víctor Manuel, mañana Garibaldi, Mazzini, ó algun otro que podrá ser de talla mas noble, sin que por eso valga mas que ellos; ese Papa tributario ó errante, súbdito de todos los Reyes ó extraño para todos los Reyes, no tendria la mano bastante fuerte para sostener en las cadenas al formidable vencido, ni la voz bastante poderosa para poner al género humano en guardia contra sus engaños; y Dios, cuya voluntad debe tambien cumplirse en este mundo, no lo querrá así. La tierra puede esperar aparezca pronto una encarnacion del Antecristo, terrible entre todas las que la han asustado y la han azotado.

El mundo está en sazón para sufrir un despotismo incomparable, un despotismo peor que el despotismo antiguo. Por todas partes se ven disolverse las patrias, caer las fronteras, nivelarse el suelo para dejar paso al carro de un triunfador. ¿Qué obstáculo pondrán á esto los Reyes? Ya no hay Reyes; y, los que llevan ese nombre, solo trabajan por entregarse los unos á los otros. La Iglesia habia instituido á los Reyes para confesar y defender la verdad y proteger á los pequeños. En ese deber se hallaba su derecho. La Revolucion, haciéndolos abjurar ese deber, les ha quitado el sentimiento de ese derecho. ¿Dónde está hoy el Rey que se muestre entera y plenamente seguro de su derecho real, y que honre y sostenga el derecho de los otros, á riesgo de ponerse él mismo en peligro? Ese Rey lo veo en Roma; pero no lo veo en ninguna otra parte.

Ultimamente tres grandes soberanos se reunieron para deliberar sobre la gravedad de las circunstancias. Desde la primera noche se encontraron todos juntos en el teatro: vieron representar una comedia y un baile. Ved ahí á los Reyes y ved ahí á la época. En efecto; esos Reyes que presumian organizar la paz del mundo y prevenir el peligro comun de las coronas, solo en el teatro podian hallarse de acuerdo. No podian reunirse en la casa de Dios, porque cada uno de ellos tiene su Cristo. El teatro, hé ahí su punto de reunion; y si la pieza que se representaba aquella noche era de Scribe, de seguro reconocieron que eran tambien del mismo mundo, aplaudiendo con las mismas fuer-

zas y los mismos sentimientos. Pero ese mundo, del que son todos, es un mundo dividido entre sí y dividido contra ellos. Despues de algunas conferencias, esos grandes soberanos pudieron quedar de acuerdo sobre el mérito de algun bufon ó de alguna bailarina; pero el acuerdo no pasó de ahí. Acaso entre la concurrencia habia algun hombre que podia leer como en un libro el porvenir de las coronas y el porvenir del mundo, al contemplar cómo esos grandes Reyes gozaban del noble placer de la comedia y del baile por ahorrarse toda deliberacion sobre si el Príncipe de los Reyes seria despojado, ó el cadáver del hermano de los Reyes arrojado sin sepultura al pie de su último baluarte de Gaeta, y distraerse al punto de su distraccion, pensando con inquietud en algunas frases de rápida impresion firmadas por M. Boniface ó M. Grandguillot... (1). ¡Buena estofa de Carlo-Magnos, cuando la obra de Carlo-Magno está amenazando ruina!

Dios ha formado las patrias, y tenemos legítimamente el amor de la patria: es ese un noble sentimiento, pero que puede degenerar en orgullo, en dureza, en enemistad hácia el extranjero. Gracias al catolicismo, las patrias eran hermanas. El protestantismo ha resucitado la antigua y dura patria, y cada nacion se halla aislada en medio del género humano. La Inglaterra es el tipo de ese nacionalismo bárbaro. Como Ismael, levanta fieramente su tienda contra todos los pueblos, hablando sin cesar de libertarles.

La Revolucion viene á parodiar á la fraternidad cristiana; construyendo cuarteles en todas partes, pide en todas partes la destruccion de las fronteras. Para crear la sociedad quiere abolir la patria, como para crear la libertad quiere abolir la familia. Garibaldi se ha hecho el heraldo de esta idea. Notando que las guerras eran perjudiciales para los pobres pueblos, Garibaldi propone á los Reyes que todos los pueblós se fundan en uno. ¿Contra quién hará la guerra ese pueblo, si ya no tiene un pueblo enemigo? Fascinado ante la belleza de su pensamiento, Garibaldi olvida la posibilidad de las guerras civiles. Para evitar la guerra civil, el pueblo único no dejará de darse un amo único, y la fuerza de ese amo será proporcionada á la estension de su imperio. Tendrá dientes, uñas, músculos capaces de tener tranquilo y respetuoso al género humano. ¿Quién se levantará para decirle: *Non licet*?

---

(1) Miserables testafierros que están encargados en el *Constitutionnel* de París de insinuar la voluntad del amo.

Sin duda Garibaldi habla ridículamente; pero no se debe tener por cosa de juego lo que dice Garibaldi. Cien monstruosidades mortales que hoy dominan, eran, veinte años hace, justo motivo de burla. Y ¿qué no sucederá cuando la llama de la verdad haya sufrido mayores debilitamientos ó no brille sino en las Catacumbas? Quitad al Papa, apagad esa luz, haced caer esa frontera, y sabreis lo que puede la razón y lo que sirven los baluartes de los pueblos. El despotismo universal les atravesará y les dispersará como un carruaje marchando con toda velocidad atraviesa y dispersa las montañas de polvo formadas en el camino: no habrá mas patriotismo, no habrá mas patria, no habrá ningun asilo para la libertad.

Pero gracias á Dios que, en su misericordia, no se dejará vencer; el Pontificado sobrevivirá. Oculto en medio del mundo que haya vuelto á caer en la época y bajo las obras de Neron, volverá á empezar la época y las obras de San Pedro. Cuando los poderosos y felices de la tierra no distingan el bien del mal y el error de la verdad, en presencia de la fuerza bruta organizada y señora de todo, el corazón del Pontificado no desfallecerá. Anunciará el Evangelio á los ignorantes y á los pobres, que serán sin número; consolará á los vencidos, y mantendrá la verdad bajo la cuchilla y los insultos de los vencedores. Hablará todavía de la justicia, de la misericordia, del amor; enseñará que la libertad sin la autoridad es tan imposible como la autoridad sin la libertad, y que la una y la otra nacen del orden, que pone cada cosa en su lugar, cada individuo en su puesto, y á Dios en la cima de todo. Enseñará que la unidad no resulta de un estúpido aniquilamiento de las diferentes partes de que se quiera formarla, como la libertad individual no resulta de la confusion de las gerarquías. Enseñará que si el género humano volvió á caer al abismo del que el cristianismo le habia sacado, fue porque separó entre sí los diferentes miembros del cuerpo social, disolviendo los lazos con que la sabiduría y dulzura de la caridad de Jesucristo los habian unido.

¡Ah, sí! La familia humana sufre una grave enfermedad. Sufre por la unidad destruida, y todos sus actos dan testimonio de ello. La Revolución comprende perfectamente la naturaleza de ese mal que ella ha creado, y la explota con su habilidad ordinaria, la habilidad del demonio. En 1789 sublevó á los pueblos y mató á los hombres en nombre de la libertad individual: hoy los subleva, los divide y los mata en nombre de la unidad. Habiendo perdido la verdadera noción de la unidad que no puede realizarse en el mundo material fuera de las ideas,

los pueblos, creyendo á la Revolucion, se imaginan que se libertarán de los sufrimientos del desórden individual, nivelando las provincias y uniendo los territorios. No hacen otra cosa que preparar los hombres y el terreno para la mayor comodidad del despotismo. Pero esa grosera ignorancia descubre el error ya bárbaro en que han caido los gobiernos. Olvidan simplemente que el hombre tiene un alma. De aquí su impotencia absoluta para conciliar el órden y la libertad, el desarrollo individual y el desarrollo colectivo y social. La ciencia trata al hombre como si no tuviera sino un cuerpo y apetitos, sin tener para nada en cuenta su alma inmortal y sus deberes para con Dios. Hé aquí por qué esa ciencia, que sinceramente quiere realizar el órden, solo engendra revoluciones, y muy pronto ni verá ni dejará ver mas remedio al caos revolucionario que el despotismo que llegue á ser tan duro y tan despreciativo hácia los derechos de la humanidad como lo ha sido la Revolucion.

Las leyes que rigen á las sociedades, como las que rigen á los individuos, no pueden ser justas, y, por consiguiente, estables, sino con la condicion de estar modeladas sobre las relaciones del hombre con Dios.

El dia, menos lejano de lo que acaso se cree, en que las naciones hayan comprendido de nuevo esas enseñanzas del Pontificado, ese dia comprenderán tambien que las verdades, que son la salvaguardia de la libertad de todos, no tienen otro refugio contra las pasiones y la ceguedad de los hombres que el cetro del Pontífice-Rey.

Y ese dia el Pontificado volverá á recobrar en el mundo su puesto, engrandecido por los Pontífices mártires.











